

## **LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES CUESTIONAN LOS LIMITES DE LA POLÍTICA INSTITUCIONAL**

Claus Offe

Tomado del libro: "Partidos Políticos y nuevos movimientos sociales". Autor: Claus Offe. Editorial Sistema. Madrid, España, 1996. Páginas 163-239.

Por sus extensos comentarios y por sus críticas he de dar las gracias a John Keane, Herbert Kitschelt, Peter Lange, Dieter Rucht, Bart von Steenberge y Helmut Wiesensthal. Se redactó la mayor parte de este estudio en 1982/83 mientras estaba trabajando el autor como miembro del Netherlands Institute for Advanced Study, en Wassebaar.

En los años setenta ha sido corriente que los politólogos y los expertos en sociología política constaten la fusión de las esferas política y no política de la vida social al analizar el cambio de estructuras y la dinámica en las políticas de Europa Occidental. Se está cuestionando la utilidad analítica constante de la dicotomía convencional entre el "Estado" y la "sociedad civil". Se observan procesos de fusión entre ambas esferas, no sólo a nivel de manifestaciones globales sociopolíticas, sino también al nivel de los ciudadanos como los actores políticos primarios. Es está desdibujando la línea divisoria que deslinda los asuntos y comportamientos "políticos" de los "privados" (por ejemplo, económicos o morales).

Este diagnóstico podrá apoyarse por loo menos en tres fenómenos distintos:

a) El aumento de ideologías y de actitudes "participativas" que llevan a la gente a servirse cada vez más del repertorio de los derechos democráticos existentes. b) El uso creciente de formas no institucionales o no convencionales de participación política, tales como protestas, manifestaciones, huelgas salvajes. Y c) las exigencias políticas y los conflictos políticos relacionados con cuestiones que se solían considerar temas morales (p.e., el aborto) o temas económicos (p.e., la humanización del trabajo) más que estrictamente políticos.

No solamente se están usando con mayor frecuencia y mayor intensidad, por un número creciente de ciudadanos y para una serie cada vez más larga de temas, los canales de comunicación entre los ciudadanos y el Estado; se cuestiona, además, si estos mismos canales institucionales constituyen una vía adecuada y suficiente de comunicación política. Se recurre con mayor intensidad que nunca a los canales de comunicación institucionales (como las elecciones o la representación parlamentaria), sospechándose al mismo tiempo que sean insuficientes como medios de comunicación política.

De esta forma, se perfila un modelo bastante dramático de desarrollo político de las sociedades occidentales avanzadas: en la medida en que la política pública afecta a los ciudadanos de manera más directa y visible, tratan los ciudadanos por su parte de lograr un control más inmediato y amplio sobre las élites políticas poniendo en acción medios que frecuentemente se estima que son incompatibles con el mantenimiento del orden institucional de la política. Desde mediados de los setenta, toda una serie de analistas en su mayor parte conservadores han calificado este ciclo como extremadamente viciado y peligroso, que tiene que producir, a su juicio, una erosión acumulativa de la autoridad política e incluso de la capacidad de gobernar (Huntington 1975), a no ser que se tomen medidas eficaces que liberen la economía de una intervención política excesivamente detallada y ambiciosa, y que hagan inmunes a las élites políticas de las presiones, inquietudes y acciones de los ciudadanos. Con otras palabras, la solución propuesta consiste en una redefinición restrictiva de lo que puede y debe ser considerado "político", con la correspondiente eliminación del temario de los gobiernos de todas las cuestiones, prácticas, exigencias y responsabilidades definidas como "exteriores" a la esfera de la verdadera política. Este es el proyecto neoconservador de aislamiento de lo político frente a lo no-político.

Clave central de este proyecto es la idea de un colapso o "implosión" de la autonomía y autoridad de las esferas institucionales no políticas, con el consiguiente aumento de su dependencia de la regulación y del apoyo políticos. Puede aducirse de hecho, en este sentido, que están en tal grado erosionados y cuestionados los fundamentos culturales y estructurales "autónomos" de la producción estética, de la ciencia y la tecnología, de la familia, de la religión y del mercado de trabajo, que únicamente pueden mantenerse vivos todos estos subsistemas de la "sociedad civil" por medio de la aportación política de recursos y reglas. Sin embargo, según el análisis neoconservador, la extensión de la política pública de la regulación, apoyo y control estatales a áreas de la vida social anteriormente más independientes, supone, bastante paradójicamente, tanto un avance como una pérdida de la autoridad del Estado: un avance en la medida en que pueden y tienen que manipularse más variables y parámetros de la sociedad civil; pero también una pérdida porque quedan cada vez menos bases no-políticas -y, por consiguiente, incuestionable e incontrovertibles- de acción de las que puedan derivarse axiomas metapolíticos (en el sentido de lo "natural" o de lo "dado") de la política, o a las que puedan referirse ciertas pautas. Al extenderse las funciones y responsabilidades del estado, se degrada su autoridad (es decir, su capacidad de tomar decisiones de obligado cumplimiento); la autoridad política sólo puede ser estable en la medida en que es limitada y, por tanto, complementada por esferas de acción no-políticas y autosustentadas que sirven tanto para exonerar a la autoridad política, como para equipararla con fuentes de legitimidad.

Puede ilustrarse este dilema haciendo referencia a esferas institucionales no políticas del tipo de la familia, el mercado o la ciencia. En cuanto tales instituciones pierden su independencia frente a la política y se ponen a funcionar de acuerdo con un esquema determinado políticamente, las repercusiones de tal politización afectan, sobre todo, a la misma autoridad política. Más que fortalecerse por esta mayor "amplitud", la autoridad política subvierte sus apuntalamientos no-políticos, que aparecen cada vez más como meros artefactos del mismo proceso político. Precisamente el proyecto neoconservador lo que trata es de subvertir esta

evaporación de premisas incuestionadas y no-contingentes (tanto estructurales, como valorativas) de la política, buscando a veces desesperadamente fundamentos no-políticos del orden y de la estabilidad. Por tanto, lo que hace falta, según el proyecto neoconservador, es la restauración de unas pautas incontestables de naturaleza económica, moral o cognoscitiva. Como consecuencia de ello, se vuelve reflexivo el concepto de política, centrándose la política en la cuestión de qué es lo que trata –y de qué es lo que queda excluido-. El proyecto plantea una redefinición restrictiva de la política, cuyo contrapeso se sitúa en el mercado, la familia o la ciencia. Se espera que la búsqueda de lo apolítico dé pie a un concepto más estrecho y más viable de política, que “reprivatice” los conflictos y tensiones que no se pueden manejar bien con los medios de la autoridad pública.

Pese a su evidente oposición política al contenido del proyecto neoconservador, el enfoque político de los nuevos movimientos sociales comparte con los mantenedores de tal proyecto un planteamiento analítico importante. Ambos parten de que no pueden seguirse resolviendo con una perspectiva prometedor y coherente los conflictos y las contradicciones de la sociedad industrial avanzada por medio del estatismo, la regulación política e incluyendo más y más exigencias y cuestiones en el temario de las autoridades burocráticas. Sólo partiendo de la base de este planteamiento analítico compartido, divergen la política neoconservadora y el enfoque político de los movimientos tomando direcciones políticas opuestas. El proyecto neoconservador trata de restaurar los fundamentos no-políticos, no-contingentes e incontestables de la sociedad civil (como la propiedad, el mercado, la ética de trabajo, la familia, la verdad científica) con el objetivo de salvaguardar una esfera de autoridad estatal más restringida –y por consiguiente más sólida- e instituciones políticas menos “sobrecargadas”. En contraste con ello, tratan los nuevos movimientos sociales de politizar las instituciones de la sociedad civil de forma no restringida por los canales de las instituciones políticas representativas-burocráticas, reconstituyendo así, por tanto, una sociedad civil que ya no depende de una regulación, control e intervención cada vez mayores. Para poderse emancipar del Estado, ha de politizarse la misma sociedad civil –sus instituciones de trabajo, producción, distribución, relaciones familiares, relaciones con la naturaleza, sus criterios de racionalidad y progreso- por medio de prácticas que se sitúan en una esfera intermedia entre el quehacer y las preocupaciones “privadas”, por un lado, y las actuaciones políticas institucionales, sancionadas por el Estado, por otro lado.

Cabe analizar la “nueva política” de los nuevos movimientos sociales, como cualquier otra política, considerando su base social, sus planteamientos, contenidos y valores, además de su forma de acción. Al hacerlo, voy a emplear el término de “paradigma político”.

Por sí sólo esto ya sugiere cómo ordenar el análisis; primero, la descripción del “viejo” paradigma, dominante durante la posguerra de la II Guerra Mundial, centrándose en sus cuatro componentes principales (valores, temas, actores, prácticas institucionales). Segundo, discusión del nuevo paradigma, partiendo de las mismas categorías. Tercero, planteamiento de la cuestión de cómo explicar la aparición y vigencia del nuevo paradigma, y de qué peso tiene la argumentación de los distintos analistas que han formulado explicaciones que en parte se contradicen. Habrá que considerar aquí también qué es lo que justifica la afirmación de que hay “nuevas” pautas políticas (más que a las pautas viejas revividas). Para terminar, se

ofrecen algunas especulaciones relativas a las formas que pueden concebirse sobre cómo resolver este conflicto acerca del lugar, del espacio y del enfoque idóneos de lo político y a los posibles resultados de cada opción.

La mayor parte de los materiales sobre los que se apoya esta discusión se refieren al caso de Alemania Occidental, aunque de cuando en cuando se hacen comparaciones con otros países de Europa Occidental. Aunque esto se debe sobre todo al hecho de que este caso es el que mejor conoce el autor, también puede presentar algún interés sistemático.

En la sociedad moderna el problema central de la política democrática es el de mantener la diversidad en el interior de la sociedad civil, tratando al tiempo de conseguir en cierta medida unidad, o "ligazón" desde la autoridad política: Ex pluribus unum.

Tal problema encuentra una solución más fácil en sistemas políticos en los que la diversidad de fondo a resolver es una diversidad de intereses; la solución es, sin embargo, más difícil en sistemas con el problema adicional de lograr una mediación entre valores o modelos culturales diversos. En el primer caso, comparten los actores políticos colectivos e individuales un marco común valorativo de referencia desde el que definir su conflicto de intereses y grado en que consiguen satisfacer su interés por medios privados o políticos. Difieren en sus intereses, pero están de acuerdo en los valores (p.e., control sobre los recursos económicos) desde los que se definen sus intereses. En contraste con ello, crea una situación más compleja el conflicto sobre valores: ya no surge solamente el conflicto acerca del tamaño justo de las recompensas, sino también ante la cuestión más fundamental de si las recompensas atribuidas han de considerarse válidas y apropiadas. Evidentemente aquí nos encontramos con un conflicto de segundo orden que, recurriendo a una metáfora económica, no se refiere al precio, sino a la moneda con que pagar un cierto precio.

Este desacuerdo de segundo orden o valorativo, que es, pues, un conflicto sobre los criterios de bondad de la política más que sobre la satisfacción de ciertos intereses predefinidos, constituye, como trataré de argumentar con más detalle, la clave para la comprensión del conflicto acerca del espacio propio y de los límites de la política que se observa actualmente en varios países de Europa Occidental. Al implicar este conflicto de segundo orden, además de una diversidad de intereses, una diversidad de los criterios de valoración por medio de los que se definen los intereses como tales, cabe partir de que plantea nuevas amenazas y retos al método democrático establecido de mediar entre diversidad y unidad.

## EL VIEJO PARADIGMA

Mientras que es probablemente correcto insistir, siguiendo a Max Weber, en que no puede darse una definición sustantiva y esencialista del campo de la política, y que

todo intento de definir en general lo que designamos como "lo político" conduce necesariamente a un concepto instrumental formal (tal como regulación colectiva coercitiva, o soberanía territorial, o asignación autoritaria de valores), es posible, sin embargo, especificar qué cuestiones sustanciales están politizadas en cualquier coyuntura dada. Mientras que todo puede ser objeto de transacción política, no todo puede ser político al mismo tiempo. En cualquier política dada hay siempre un marco valorativo compartido relativamente estable y relativamente dominante por medio del que los intereses se reconocen como tales. En cualquier momento y en cualquier sociedad dada, hay siempre una configuración "hegemónica" de los temas que, en general, se considera que merecen tener prioridad y ser tratados como centrales, y respecto a los que se mide ante todo el éxito y el progreso político, mientras que otros quedan marginados o se consideran como completamente "extraños" a la política. La teoría de la modernización ha tratado de construir secuencias de desarrollo en las que aparecen temas como construcción de la nación, ciudadanía, participación o redistribución, afirmándose que se desplazan del centro hacia fuera y de fuera hacia el centro de lo político con una cierta secuencia temporal.

En tal sentido, los temas claves hoy en el orden de la política en Europa Occidental, durante el período que se extiende desde los primeros años de la posguerra hasta el inicio de los setenta, se han referido al crecimiento económico, la distribución y la seguridad. En el plano de las encuestas se reflejan estos asuntos centrales de la "vieja política" (Baker y otros 1981, págs., 136 y ss.) en las respuestas a la pregunta sobre lo que "la gente cree que son las cuestiones más importantes que se plantean a la sociedad". En la política alemana siguieron jugando un papel subordinado cuestiones referentes a la construcción del Estado y de la nación en conexión con exigencias de "reunificación" y con varios conflictos Este-Oeste relacionados con el status de Berlín Occidental, que han de considerarse como residuos de un orden político anterior y como algo especial de la política alemana en el período anterior y como algo especial de la política alemana en el período de la posguerra, de la misma manera que jugaron un papel cuestiones de descolonización en la política francesa y británica. Mientras que en estos países jugaban un papel secundario las cuestiones referentes a la unidad, los límites y la redefinición de la soberanía nacional y del territorio nacional, brillaban aún más por su ausencia los conflictos sobre el orden constitucional y legal de las sociedades nacionales. El orden social, económico y político adoptado al final de los años cuarenta y principios de los cincuenta, se basaba en un consenso extremadamente amplio sobre el Estado de Bienestar liberal democrático, que no consiguió cuestionar ninguna fuerza política significativa ni de la derecha ni de la izquierda. No solamente se asentaba este acuerdo constitucional firmemente sobre un amplio consenso "pos-totalitario", sino que estaba además activamente respaldado y sancionado por la configuración internacional de fuerzas que había emergido tras la Segunda Guerra Mundial.

Es cierto esto al menos en lo que concierne a tres elementos centrales de los acuerdos constitucionales de la posguerra, aceptados todos ellos, justificados y defendidos por su contribución al crecimiento y a la seguridad. En primer lugar –y dejando de lado algunos elementos marginales como consultas, planificación indicativa, codeterminación y nacionalización–, se institucionalizaron las decisiones acerca de las inversiones como terreno de actuación de los propietarios y gerentes de empresa operando en mercados libres según criterios de rentabilidad. Se propugnó y justificó esta libertad de la propiedad y de la inversión no con un discurso de filosofía moral y de derecho natural, sino abrumadoramente con un

discurso "funcional" centrado en el crecimiento y la eficacia, partiendo de que no se concebía un esquema alternativo capaz de lograr nada comparable. En segundo lugar, se complementó al capitalismo como máquina del crecimiento con la organización de los trabajadores como máquina de la distribución y de seguridad social. Sólo sobre la base de un empeño preferente por el crecimiento y las ganancias reales, se explica tanto la disposición de los trabajadores organizados a dejar de lado proyectos de transformación social de mayor envergadura a cambio de un status firmemente consolidado en el proceso de la distribución de las ganancias, como la disposición por parte de los inversores a garantizar tal status a los trabajadores organizados. En ambas partes subyacía la concepción de la sociedad como una "suma positiva", en la que el crecimiento continuo es posible (hasta llegar a hacer tolerable para el capital la fuerte posición de los sindicatos en los conflictos relacionados con la distribución), y además se considera en general deseable y satisfactorio (hasta el punto en que se hacen "leales al sistema" los sindicatos y los partidos socialistas –especializándose en la tarea de canalizar los dividendos del crecimiento hacia los trabajadores en vez de fijarse objetivos de cambio del "modo de producción"- aceptables para los trabajadores).

En tercer lugar, el elemento más importante del esquema constitucional del período de la posguerra (adoptado, en el caso alemán, como los dos anteriores, de la República de Weimar) era una forma de democracia política de tipo representativo y mediatizada por competencia entre partidos. Era muy apropiado un esquema así para limitar el alcance de los conflictos desde la esfera de la sociedad civil al terreno de la política, especialmente al darse, como ocurría en el caso alemán, una disyunción organizativa profunda entre los actores colectivos y los portadores de intereses societales (tales como sindicatos, patronos, iglesias, etc.) y los partidos políticos concentrados en su objetivo de conseguir votos y obtener asientos en el parlamento y en el gobierno en consonancia con el modelo del catch-all-party (partido atrapatodo) (O. Kirshheimer).

El supuesto sociológico implícito subyacente al esquema constitucional del Estado de Bienestar liberal era el de que lo "privatizado", el estilo de vida centrado en la familia, el trabajo y el consumo, absorbería las aspiraciones y energías de la mayor parte de la población, con lo que la participación en la política y en los conflictos políticos tendría en la vida de la gran mayoría de los ciudadanos un significado solamente marginal. Esta definición constitucional de los espacios respectivos de acción del capital y del trabajo, se correspondía a la posición central de los valores de crecimiento, prosperidad y distribución. La fuerza dinámica del sistema político-económico era la producción industrial y la innovación que elevaba la productividad, quedando para la política la tarea de crear la seguridad y con ella las condiciones en las que este proceso dinámico pudiera seguir operando.

Desde los años cincuenta, "seguridad" ha sido el término empleado más frecuentemente en campañas electorales y consignas por los dos partidos mayores de Alemania Occidental. Tiene este término tres aspectos importantes: en primer lugar, se refiere la seguridad al Estado de Bienestar, es decir, al mantenimiento de unas ganancias adecuadas y de un estándar de vida para todos los ciudadanos, con protección en casos de enfermedad o desempleo, vejez y otras situaciones de necesidad. En segundo lugar, se refiere a la estrategia militar y a la defensa, es decir, al mantenimiento de la paz en el contexto internacional y evitación de una crisis militar por medio de organismos internacionales, políticas referidas al Tercer

Mundo y modernización constante del aparato de la defensa. En tercer lugar, solapándose en parte con el primer y el segundo aspectos, seguridad significa también control social, puesto que tiene que ver con el tratamiento y la prevención de cualquier tipo de comportamiento "desviado" (incluyendo la enfermedad como desviación del propio cuerpo), especialmente en la medida en que sus consecuencias puedan afectar la viabilidad de la familia y del orden legal, económico y político y la capacidad de cada cual de participar en estas instituciones.

Las dos décadas de la posguerra en las que el paradigma de la "vieja política", o el paradigma de una amplia alianza del crecimiento-seguridad, fue dominante, no constituyeron evidentemente un período carente de conflictos políticos y sociales. Pero fue, sin embargo, un período en el cual un acuerdo apenas cuestionado envolvía a la sociedad acerca de los "intereses" y, en consecuencia, de los temas, actores y formas institucionales de resolución de conflictos. La preocupación central era el crecimiento económico en todos sus aspectos, mejoras en las posiciones individuales y colectivas ante la distribución, y la protección legal del status social.

Los actores colectivos dominantes eran grupos de intereses particulares, amplios altamente institucionalizados, y partidos políticos. Los mecanismos de resolución de conflictos sociales y políticos eran, práctica y exclusivamente, la negociación colectiva, la competencia entre partidos y un gobierno representativo de partido. Todo esto se encontraba respaldado por una "cultura cívica" que resaltaba los valores de movilidad social, vida privada, consumo, razón instrumental, autoridad y orden, y que minusvaloraba la participación política. La ausencia o, mejor dicho, la rápida eliminación durante los años cincuenta de temas sesgados, formas alternativas de resolución de conflictos y de actores colectivos situados fuera del marco de crecimiento-seguridad, ilustra la dominación de los temas, actores y formas institucionales de resolución de conflictos ya citados. A finales de los cincuenta había pasado a ser insignificante la influencia de temas como socialismo, neutralismo, unidad nacional, ciudadanía y economía democrática y de quienes los planteaban. Se aclamaban ampliamente como interpretaciones sociológicas plausibles de la realidad sociopolítica, no solamente la tesis acerca del "fin de las ideologías" importadas de la sociología americana, sino incluso diagnósticos que apuntaban a un "fin del conflicto político" (Shelski 1961, Forsthoft 1968). Y la crítica intelectual, en parte reaccionaria y en parte progresiva, de los valores de la sociedad de consumo no conseguía hacer el menos impacto en los sólidos fundamentos culturales del capitalismo de bienestar posttotalitario de la posguerra.

## EL NUEVO PARADIGMA

Este breve resumen de la configuración de valores, actores, temas e instituciones de la "vieja política" puede servirnos de referencia con la que comparar el "nuevo paradigma" ahora. Raschke (1980) es uno de los pocos que ha intentado formular un concepto sustancial de este "nuevo" paradigma, designándolo como un "paradigma del modo de vida" que está surgiendo. La mayor parte de la literatura sociológica que se ocupa de los nuevos planteamientos y movimientos se limita a resaltar la rotura y la discontinuidad recurriendo a términos como "nuevos

movimientos de protesta" (K:W: Brand), "nuevas políticas" (Hildebrandt/Dalton), "nuevo populismo" (Habermas, Marin), "comportamiento político no ortodoxo" y "política de alboroto" (Marsh), o a describir como "inconvenientes" (Kaase) los métodos típicos con los que la política del nuevo paradigma aborda los conflictos. El título más amplio, aunque no abarque todo, con que los mismos activistas de estos movimientos designan a la "nueva política", es el de "movimientos alternativos" falto también de todo contenido positivo, como los términos relacionados de "contraeconomía", "contrainstituciones" y "contraopinión pública" (Gegenöffentlichkeit).

La vaguedad de tales conceptos negativos, que, dicho sea de paso, es paralela a recientes denominaciones macrosociológicas de las sociedades occidentales contemporáneas como "sociedades posindustriales", dificulta la determinación de temas y actitudes que pueden subsumirse bajo esta categoría. Incluso en la literatura raramente se encuentran enumeraciones que traten de ser completas. Una de estas listas se debe a Melucci (1981, pág. 98): "El movimiento estudiantil, el feminismo, la liberación sexual, los movimientos ciudadanos, las luchas ecológicas, la movilización de los consumidores y usuarios de servicios, de minorías étnicas y lingüísticas, de movimientos de comunidad y contraculturales, las luchas por cuestiones de sanidad y salud y otras". En esta lista faltan algunos movimientos –sobre todo, evidentemente, el movimiento por la paz.

Estos movimientos politizan cuestiones que no pueden ser fácilmente "codificadas" con el código binario del universo de acción social que subyace a la teoría liberal. Con otras palabras, mientras que la teoría liberal parte de que puede categorizarse cualquier acción como "privada" o "pública" (siendo, en este caso, propiamente "política"), se sitúan los nuevos movimientos en una tercera categoría intermedia. Reivindican para sí mismos un tipo de contenidos que no son ni "privados" (en el sentido de que se les reconozca como objeto legítimo de las instituciones y actores políticos oficiales), sino que son los resultados y los efectos colaterales colectivamente "relevantes" de actuaciones privadas o político-institucionales de las que, sin embargo, no pueden hacerse responsables ni pedir cuentas por medios institucionales o legales disponibles a sus actores. El campo de acción de los nuevos movimientos es un espacio de política no institucional, cuya existencia no está prevista en las doctrinas ni en la práctica de la democracia liberal y del Estado de Bienestar.

Esto plantea un problema de conceptos: ¿qué entendemos por política no-institucional en contraste con formas de acción "privadas"? La precisión en este punto tiene particular importancia, ya que a menudo se emplea el término "nuevos movimientos sociales" incluyendo también cuestiones privadas como, por ejemplo, de tipo religioso o económico. Una exigencia mínima para poder calificar de "político" un modo cualquiera de actuar es la de que su autor pretenda de alguna forma explícitamente que se reconozcan como legítimos sus medios de acción y que los objetivos de la acción sean asumidos por la comunidad amplia. Solamente los movimientos sociales que cuentan con ambas características tienen calidad política y nos interesan, por tanto, aquí. No es éste el caso en lo que respecta a dos interesantes casos límite, representados por las nuevas sectas religiosas y por el terrorismo, respectivamente. Por lo que a los medios respecta, los movimientos meramente sociales (trátese de sectas, de movimientos que propagan estilos específicos culturales, tradicionales y de práctica de vida) recurren a formas de



acción perfectamente legitimadas y reconocidas, tales como el uso de la libertad cultural o de la libertad de practicar una religión reconocidas legalmente. En lo que a objetivos respecta, no pretenden conseguir que la comunidad amplia asuma como propios sus valores y planteamientos específicos, sino que simplemente pretenden que se les permita disfrutar de sus libertades y derechos. Incluso en el caso de darse una oposición diametral entre sus valores culturales y formas de vida y los de la comunidad que les rodea, no tratan de trastocarla, sino que se retiran a espacios privados en los que pueden vivir a su estilo, como es el caso en muchas comunas rurales. No se intenta usar esos derechos con el propósito de ganarse a la colectividad.

En los grupos terroristas encontramos el esquema opuesto. En ningún sentido cabe esperar que la comunidad amplia en que se mueven pueda reconocer como legítimos y correctos los medios violentos a que recurren. Al menos tal es el caso en lo que respecta a grupos como la Rote Armee Fraktion (RAF), en Alemania Occidental, y las Brigate Rosse (BR), en Italia, que, lo que es muy interesante, exceptuando posiblemente sus fases iniciales, han abandonado todo intento de constituirse ellos mismos como actores "políticos" y de conseguir así el reconocimiento de sus formas de acción como legítimas por parte de la amplia comunidad. Sus objetivos son, por otro lado, políticamente muy convencionales (aunque absurdos e irreales), puesto que consisten, en los casos mencionados, en la victoria en la guerra revolucionaria antiimperialista, cuyas consecuencias afectarían evidentemente y de forma muy elemental al conjunto de la comunidad.

En contradicción con estos dos fenómenos, la retirada no política en cuestiones privadas y la guerra privada, pueden definirse los nuevos movimientos sociales políticamente relevantes como los movimientos que reivindican ser reconocidos como actores políticos por la comunidad amplia –aunque sus formas de acción no disfruten de una legitimación conferida por instituciones sociales establecidas-, y que apuntan a objetivos cuya consecución tendría efectos que afectarían a la sociedad en su conjunto más que al mismo grupo solamente.

Este esquema conceptual pretende servir al doble propósito de situar a fenómenos que se confunden a menudo y de demarcar áreas "grises", en las que es discutible si un fenómeno corresponde a una o a otra categoría. (Por ejemplo, ¿pertenece la Mafia a la casilla 1 ó 2, el IRA a la 2 ó a la 4, ciertas sectas religiosas a la 3 ó a la 1,, o ciertos aspectos de la cultura juvenil a la 3 ó a la 4?).

En lo que sigue, me centraré en cuatro de estos movimientos que parecen ser los más importantes teniendo en cuenta, tanto sus éxitos cuantitativos de movilización, como su evidente impacto político. Se trata de los movimientos ecologistas o de protección del medio ambiente, incluyendo aspectos que no sólo tienen que ver con el entorno natural, sino también con el entorno construido (urbano); movimientos pro derechos humanos, con el movimiento feminista como el más importante, en lucha por la protección de la identidad, dignidad y por el tratamiento equitativo de quienes se definen por su sexo, edad, raza, lengua y región; el pacifismo y los movimientos por la paz; y movimientos que propugnan o se empeñan en formas "alternativas" o "comunitarias" de producción y distribución de bienes y servicios. Empecemos por explorar algunas de las características

comunes típicas-ideales de estos movimientos. Tales características se evidencian en los contenidos, valores, formas de acción y actores de los movimientos.

Los contenidos dominantes en los nuevos movimientos sociales son el interés por un territorio (físico), un espacio de actividades o "mundo de vida", como el cuerpo, la salud e identidad sexual; vecindad, la ciudad y el entorno físico; la herencia y la identidad cultural, étnica, nacional y lingüísticas; las condiciones físicas de vida y la supervivencia de la humanidad en general.

Por incoherentes que puedan parecer estos contenidos e intereses, tienen una raíz común en ciertos valores que, como más abajo argumentaré, no son "nuevos" en sí mismos, pero que cobran un énfasis y una urgencia nuevos en el contexto de los nuevos movimientos sociales. De entre estos valores, los más preeminentes son la autonomía y la identidad (con sus correlatos organizativos, tales como la descentralización, el autogobierno y la autodependencia), en oposición a la manipulación, el control, la dependencia, burocratización, regulación, etc. Para describir la diferencia entre los valores "nuevos" y "viejos", se los suele clasificar (aunque de forma problemática, como argüiré después), por medio de criterios, como preocupación por la escasez frente a preocupación por la alineación, juegos de suma-cero frente a juegos de suma-no-cero, reivindicaciones cuantitativas contra reivindicaciones cualitativas, el empeño por los intereses frente al empeño por la identidad, tener frente a ser, igualdad material frente a libertad.

Un tercer elemento del nuevo paradigma es el modo de actuar de los nuevos movimientos sociales. Esto comprende dos aspectos típicos, el modo de actuar en conjunto varios individuos para formar una colectividad ("modo interno de actuar"), y los métodos con que se encaran al mundo exterior y a sus opositores políticos ("modo externo de acción"). Al primero ya se refiere el mismo término de nuevos movimientos sociales; la manera por la que multitudes de individuos pasan a ser actores colectivos es extremadamente informal, ad hoc, discontinua, con sensibilidad hacia el contexto e igualitaria. Con otras palabras mientras que, por un lado, sus miembros oficiales, programas, plataformas, representantes, oficiales, empleados y cuotas, existen todo lo más de forma rudimentaria, consisten los nuevos movimientos sociales en participantes, campañas, gente que toma la palabra, redes, ayudantes voluntarios y donaciones. Es típico que en su modo interno de actura, los nuevos movimientos sociales, en contraste con formas tradicionales de organización política, no se rijan por el principio organizativo de la diferenciación ni en la dimensión horizontal (el de dentro frente al de fuera), ni en la dimensión vertical (dirigentes frente a gente común). Parece confiarse, al contrario, mucho en la des-diferenciación, por ejemplo, en la fusión de los papeles privados y públicos, del comportamiento instrumental y expresivo, de la comunidad y la organización, y en particular en que la línea de deslinde entre los papeles de los "líderes" formales y de los demás "miembros" esté desdibujada y todo lo más sea transitoria.

Por lo que se refiere al modo de actuar externo, vemos que las tácticas de las manifestaciones y de otras formas de acción recurren a la presencia física de (grandes masas de) gente. Estas tácticas de protesta tratan de movilizar la opinión

pública y de atraer su atención con métodos legales (las más de las veces), aunque no convencionales. Van acompañadas por reivindicaciones de protesta cuyos aspectos positivos se articulan casi siempre en formas lógicas y gramaticales negativas, como indican palabras clave como "nunca", "en ningún lado", "fin", "cierre", "fuera", "parar", "congelar" (freeze), "prohibición", etc. Las tácticas y las reivindicaciones de la protesta indican que el grupo de actores movilizado (real o potencialmente) se conciben a sí mismo como una alianza de veto, ad hoc, y a menudo monotemática (más que como un grupo integrado organizativamente y ni siquiera ideológicamente), que deja un amplio espacio para una amplia diversidad de legitimaciones y creencias entre los que protestan. Este modo de actuar enfatiza además el planteamiento de sus exigencias como de principio y no negociables, lo que puede considerarse que es una virtud, o una necesidad dada la debilidad de las primitivas estructuras organizativas involucradas.

Los movimientos sociales no se refieren a otros actores y oponentes políticos en términos de negociaciones, compromisos, reformas, mejoras o progresos graduales a conseguir por tácticas y presiones organizadas, sino más bien en términos de fuertes antinomias tales como sí/no, ellos/nosotros, lo deseable y lo intolerable, victoria y derrota, ahora o nunca, etc. Esta lógica de deslinde de campos, evidentemente, apenas permite desarrollar prácticas de negociación política ni tácticas gradualistas.

Esta insistencia en rechazar el compromiso al afirmar que no son negociables las exigencias planteadas, provoca frecuentemente críticas y acusaciones por parte de las fuerzas políticas que operan en el marco del "viejo" paradigma. A menudo ven los críticos las acciones de los nuevos movimientos sociales como algo debido a actitudes irracionales, afectivas, estrechas, cortas, inmaduras, incompetentes e irresponsables políticamente; y consideran como contraproducentes sus tácticas, aun cuando reconocen que son legítimas algunas de las reivindicaciones de los movimientos. La objeción principal es que los movimientos son incapaces de negociar y elaborar compromisos y que no tienen voluntad de ello. En parte tienen razón estas acusaciones, al menos si se formulan en un plano más estructural que psicológico. Los movimientos son incapaces de negociar porque no tienen nada que ofrecer como contrapartida a las concesiones que se les puedan hacer a sus exigencias. No pueden prometer, por ejemplo, un consumo más bajo de energía a cambio de la interrupción de los proyectos de construcción de centrales de la forma en que los sindicatos pueden prometer (o al menos practicar) moderación en sus exigencias salariales a cambio de garantías de empleo.

Se debe esto a que a los movimientos les faltan varias propiedades de las organizaciones formales, sobre todo la ciencia interna de las decisiones de sus representantes, gracias a lo que las organizaciones formales pueden asegurar en cierta medida el cumplimiento de los acuerdos de una negociación política. Es también típica la falta de un armazón coherente de principios ideológicos y de interpretaciones del mundo de la que poder derivar la imagen de una estructura deseable de la sociedad y deducir los pasos a dar para su transformación. Sólo en el caso de contar los movimientos con una teoría así acerca del mundo –y de su propio papel en el cambio del mundo–, podría esperarse de estos actores políticos que desarrollasen una táctica de admitir renuncias a corto plazo a cambio de logros a largo plazo, una práctica de racionalidad táctica y de creación de alianzas. Los movimientos son también reacios a la negociación porque atribuyen a menudo una

prioridad tan alta y universal a sus exigencias centrales que no tiene sentido el sacrificar una parte de ellas (p.e., tratándose de cuestiones relacionadas con los valores de "supervivencia" o de "identidad") pues ello anularía la misma exigencia. Estas limitaciones estructurales de los movimientos sociales no justifican, sin embargo, necesariamente las acusaciones de "ceguera", "provincianismo" y de "ética de sentido" (Gesinnungsethik) –acusaciones que, típica e irónicamente se cruzan en ambos sentidos- puesto que, desde el punto de vista de los movimientos sociales, las mismas formas institucionales de racionalidad política y de toma colectiva de decisiones (negociaciones, compromisos, representación, la regla de la mayoría, las organizaciones formalizadas, etc.) implican selectividades y no-decisiones que tienden a "filtrar" las reivindicaciones centrales del "nuevo" paradigma.

Finalmente, en lo que respecta a los actores de los nuevos movimientos sociales, lo que más llama la atención es que en su autoidentificación no se refieren al código político establecido (izquierda/derecha, liberal/conservador, etc.) ni a los códigos socioeconómicos parcialmente correspondientes (tales como clase obrera/clase media, pobre/adinerado, población rural/urbana, etc.). Se codifica más bien el código del universo político en categorías provenientes de los planteamientos del movimiento, como sexo, edad, lugar, etc., o en el caso de movimientos ecologistas y pacifistas, el género humano en conjunto. La insistencia sobre la irrelevancia de códigos socioeconómicos (como la clase) y de códigos políticos (como las ideologías) que encontramos al nivel de la autoidentificación de los nuevos movimientos sociales (y a menudo de sus oponentes), y que constituyen parte de su verdadera "novedad" (y les distingue de los "viejos" movimientos sociales), no significa, sin embargo, en modo alguno que de hecho la base social y la práctica política de tales movimientos sean tan amorfas y heterogéneas en términos de clase y de ideología. Por lo que a su base social respecta, se componen, como argumentaré con más detalle posteriormente, de tres segmentos de la estructura social bastante claramente delimitados: 1. La nueva clase media, especialmente aquellos elementos que trabajan en profesiones de servicios humanos y/o en el sector público; 2. Elementos de la vieja clase media, y 3. Una categoría de la población formada por gente al margen del mercado de trabajo o en una posición periférica respecto a él (tal como obreros en paro, estudiantes, amas de casa, jubilados, etc.).

La línea de argumentación ha sido hasta ahora que la comprensión general de lo que constituye el contenido de la política y las instituciones y prácticas políticas que se derivan de esta comprensión, pueden describirse como el "viejo" paradigma del Estado de Bienestar liberal-democrático. Está marcado tal paradigma por una dicotomía en la concepción de la naturaleza de la acción social (lo "privado" frente a lo "público/político"), refiriéndose los conflictos al espacio propio de la política, todo lo más a la demarcación exacta de la línea divisoria de esta dicotomía. En cambio, el nuevo paradigma divide en tres esferas el universo de acción (privada/frente a política no institucional/frente a política institucional) y reivindica la esfera de "acción política en el interior de la sociedad civil" como su espacio propio desde el que cuestionar las prácticas e instituciones tanto privadas como políticas-institucionales. Habiendo definido el concepto de paradigma como una configuración de actores, contenidos, valores y modos de actuar en conflictos político-sociales, pueden contrastarse esquemáticamente el paradigma viejo y el nuevo.

En manera alguna es evidente por sí mismo cuál puede ser la variable teórica subyacente que origina la formación de estos dos grupos de características que hemos denominado los paradigmas "viejos" y "nuevo". Sin tratar por ello de anticipar la discusión subsiguiente entre las distintas explicaciones sociológicas del surgimiento del "nuevo" paradigma, cabe especular que existe una relación causal entre ambos grupos de características y una dirección principal de cambio de las estructuras sociales. Intuitivamente parece que tiene cierto sentido relacionar ambos paradigmas con dos fases de la transformación societal, y su coexistencia con un período de transición de una fase a la otra. De este modo, correspondería el viejo paradigma a una estructura social compuesta de colectividades relativamente duraderas y relativamente diferenciadas, tales como clases, agrupaciones según el status social, profesión, interés económico, comunidades culturales y familias. Por otro lado, correspondería el nuevo paradigma a un grado más alto de individuación y diferenciación, es decir, a un tipo de estructura social en el que tales colectividades se han vuelto a la vez menos diferenciadoras y menos duraderas como puntos de referencia orientativos. Es típico que el ciudadano de las sociedades "posindustriales" "emigre" en el transcurso de su biografía a través de una serie de profesiones, ocupaciones y puestos de trabajo, incluyendo períodos de aprendizaje y desempleo; que forme parte en el curso de su vida de más de las dos familias "normales" y pase cada vez más frecuentemente por períodos en los que no forma parte de ninguna familia en absoluto; y que además forme parte (o tenga al menos la opción de formar parte) de toda una serie de sucesivas comunidades culturales, estilos estéticos y estilos de vida y consumo que no sólo cambian más rápidamente de lo que cambian las "generaciones", sino que están cada vez más estratificadas según grupos de edades distintas (p.e., "las culturas de la juventud"). Parece todo esto sugerir que, mientras siguen indudablemente "existiendo" colectividades funcionales e institucionales, lo hacen de formas menos fácilmente perceptibles por poblaciones de alta movilidad, que, por consiguiente, socavan los "lazos" subjetivos que parten del hecho de que ("por el momento") uno "pertenece" a una colectividad de tipo económico, cultural o institucional.

De las muchas consecuencias que puede traer consigo un tal cambio estructural, aquí sólo nos interesa una: el modo de autocategorización que resulta, o la identificación que surge en las condiciones de una "crisis de adolescencia" virtualmente permanente, es decir, de un "desligamiento" continuo de los lazos que conectan los individuos con colectividades estructurales o culturales. En tales condiciones, la subjetividad más duradera y los parámetros distintivos de la identidad social ya no son la propia identidad como capataz, o médico, o ama de casa, o negociante o protestante, sino la propia identidad en términos de edad y sexo, quizá también la lengua, de origen regional o étnico o del lugar actual de residencia y, naturalmente, la propia identidad como un ser humano viviente con sus ansiedades y vulnerabilidades. Esto sugeriría que cuanto mayor es la experiencia de contingencia, incertidumbre y movilidad (a menudo involuntaria e impredecible), mayor es la propensión a escoger parámetros "permanentes" de la identidad social (tales como los que se acaban de mencionar) como focos de gestación de empeños políticos y de acción colectiva. Esta hipótesis no sólo tiene sentido en la dimensión intertemporal o evolucionista, sino también en la comparación sincrónica entre los distintos segmentos de que se componen las estructuras sociales, dentro de las que están distribuidas desigualmente, junto con la riqueza y la pobreza, también las experiencias de la contingencia.

Pero incluso esta interpretación muy general y altamente especulativa no nos da ninguna pauta acerca de por qué ha de haber una relación antagonista entre ambos paradigmas. En teoría cabría esperar exactamente igual de bien una coexistencia más o menos confortable entre ambos paradigmas: los mismos individuos podrían asumir ambos valores e intereses "materialistas" y "posmaterialistas" (recurriendo a la terminología de Inglehart), pudiendo fácilmente correrse una y otra vez del viejo paradigma al nuevo y viceversa, con sus respectivos valores y modos de actuar, según el tipo de cuestión que se plantee como más importante o más destacada en cada situación. Este diagnóstico se acerca mucho, de hecho, al ofrecido por Marsh (1977) y por Kaase y Marsh (capítulos 2-6, en Barnes y Kasse 1979).

Estos autores constatan, en vez de un antagonismo entre las dos interpretaciones de lo político, una modesta correlación positiva en sus encuestas entre lo que definen como disposición a la participación convencional y la inclinación de los encuestados hacia un comportamiento de "protesta" (pág. 93). Sobre la base de estos resultados, llegaron a su conclusión del "repertorio ampliado"; observan una tendencia "hacia una versatilidad política moderna"; destacan "una ampliación del repertorio de acción política del ciudadano" (págs. 134/5); tienen cuidado en no conceptualizar "el comportamiento político no convencional como algo opuesto al comportamiento político ortodoxo o convencional" (pág. 149); y, finalmente, perciven cómo surge una "mezcla de métodos políticos" (pág. 150). Partiendo de esta perspectiva, parecería por lo menos, prematura cualquier interpretación de los dos modos de participación política como antagonistas. Esta tesis, sin embargo, no es del todo convincente y por toda una serie de razones hay que sospechar que resulta de un artilugio metódico en el enfoque dado a la encuesta. En primer lugar, es más plausible interpretar la modesta correlación positiva que encuentran como un fenómeno de "transición", como la relación que se obtiene entre el comportamiento pasado constatado (es decir, la intensidad de la participación convencional), e inclinaciones hacia el comportamiento potencial ("protesta"). En segundo lugar, varía según las diferentes categorías sociales el grado de tal correlación positiva, pasando a ser negativa la correlación entre mujeres jóvenes (págs. 134, 184). En tercer lugar, hay que cuestionar la idea de los autores de una "ampliación general de los parámetros de permisividad hacia la protesta" porque sus propios resultados sugieren que ambos modos de participación política tienen sus respectivas bases específicas en la estructura social, compuestas por grupos definidos por la edad, el sexo, la educación y, en cierto grado, el empleo (pág. 100). Finalmente, el nivel subjetivo de análisis desde el que se plasman los datos de la encuesta deja inevitablemente de tener en cuenta incompatibilidades objetivas potenciales entre distintos tipos de planteamientos (p.e., cuestiones referentes a la distribución frente a cuestiones referentes a la autonomía) y sus manifestaciones políticas respectivas. De existir realmente una tal incompatibilidad entre las soluciones en una sociedad industrial avanzada, como bien puede suponerse y como ciertamente plantea la perspectiva de los nuevos movimientos sociales, queda aún más debilitada la confortable hipótesis del "repertorio ampliado" a favor de una hipótesis de "profundización de la zanja" en lo que respecta a la relación entre ambos paradigmas.

AFINIDADES CON OTRAS FORMACIONES IDEOLÓGICO-POLITICAS

Aunque probablemente no se den en la historia política de sociedades capitalistas industriales analogías estrictas a esta configuración de cuestiones, valores, actores y modos de actuar, llama poderosamente la atención un cierto paralelo con ideas e ideologías políticas del pasado. A menudo se ha hecho referencia a ellas como claves para la interpretación de la política de los nuevos movimientos sociales. En tal sentido, el uso del término "neo-populismo" en relación con los nuevos movimientos sociales sugiere una afinidad con movimientos populistas (Boyte 1977). Se acaba, sin embargo, este paralelismo en cuanto se entra en los contenidos (que se refieren sobre todo a la situación económica y a la viabilidad de los pequeños productores, gracias a la intervención estatal y a la regulación protectora en el caso del populismo tradicional).

Hay dos tipos de movimientos que a veces se incluyen (cf. Marin 1980, págs. 160 y ss.) en un concepto demasiado extenso de los "nuevos movimientos sociales" aunque no están realmente dentro del "nuevo" paradigma: se trata de movimientos de protesta y de protestas colectivas orientadas exclusivamente hacia la protección económica (tales como revueltas contra los impuestos o actividades de protesta de los campesinos, tenderos, armadores y otros segmentos de la vieja clase media en Europa), sin reivindicar autonomía ni identidad; y también de movimientos que propugnan la restauración de un cierto orden moral que se percibe como amenazado pretendiendo recurrir al poder del Estado para sancionar y para proteger privilegios simbólicos, culturales y religiosos –entre estos movimientos están los que abogan por la prohibición del alcohol, del aborto, de la entrada libre de trabajadores extranjeros, de la pornografía, etc.

Hay también una clara afinidad, aunque de nuevo limitada, entre el paradigma de la "nueva política" y las tradiciones políticas liberales y libertarias. El paralelismo es obvio en lo que se refiere a la limitación del poder del Estado fortaleciendo los derechos y las libertades civiles. Sin embargo, la diferencia principal es que, en el caso de los nuevos movimientos sociales, la exigencia de autonomía no se centra en libertades económicas (libertad de producción, consumo y contratación), sino en la protección y preservación de valores, identidades y formas de vida frente a la imposición política y burocrática de un cierto tipo de orden "racional".

Se dan también analogías parciales junto con diferencias cruciales en relación con ideologías y partidos conservadores. Un dilema del conservadurismo –muchas veces descrito como el dilema de los partidos y las ideologías conservadoras– es que, para poder oponer una resistencia eficaz al debilitamiento de los valores conservadores (como propiedad, autoridad, familia y cultura tradicional) hay que soportar la modernización de las estructuras económicas y políticas: la continuidad presupone el cambio. Esta difícil ecuación de "modernización conservativa" es rota por los nuevos movimientos sociales y no necesariamente por el mismo impulso conservador. A menudo ponen estos movimientos mucho énfasis en la preservación de las comunidades e identidades tradicionales y de los entornos, tanto físicos como sociales, considerándose esto como incompatible con la modernización técnica, política, económica y militar. Sólo tiene sentido designar como "conservadores" a los nuevos movimientos sociales (cf. Offe 1983), si se atribuyen calificativos importantes al concepto "conservador". Es cierto que la defensa, protección y mantenimiento de condiciones "válidas" constituyen un impulso básico de los movimientos, que, sin embargo, difieren de los conservadores al considerar los procesos de modernización (económica, política, militar y tecnológica) no como medios de preservación, sino de destrucción de tales condiciones.

Hay que reseñar finalmente tanto las convergencias como las divergencias con relación a la tradición y a las ideas políticas socialistas. El paralelo evidente se da en la visión que comparten del impacto destructivo, anárquico, irracional y deshumanizador de la industrialización capitalista sobre todos los aspectos de la vida humana. La divergencia arranca de la crítica radicalizada, que ya no es dialéctica, de las fuerzas productivas y de su continuo desarrollo, y del giro consiguiente hacia planteamientos "antiproductivistas" de la tecnología y de la industria. Continúa con el rechazo de todo papel privilegiado de la clase obrera industrial en el proceso de transformación social, de la que a veces se expresa la sospecha de ser la clase en la que el sistema cuenta con su apoyo más firme económico, social e ideológico. Sigue aún más allá la Europa Oriental como en Europa Occidental- de forma extremadamente negativa.

El "nuevo" paradigma cuestiona una concepción común a todas las ideologías políticas que se acaban de mencionar, de que la política evoluciona en la dimensión del progreso hacia la realización más plena de ciertos valores -como, por ejemplo, el reconocimiento de derechos y libertades, el aumento de la riqueza, la igualdad, el acercamiento de la vida social a un cierto orden moral- y de que esta realización se debe a un cierto esquema de instituciones y papeles específicamente políticos. La práctica política de los nuevos movimientos sociales cuestiona, sin embargo, en dos formas distintas esta concepción subyacente. En primer lugar, sus planteamientos no cuadran con la noción de "progreso" hacia un orden social idealizado, ni de "mejora", "reforma" o "perfección". Para ser más precisos, lo que calificaría de progreso no es la continuación de trayectorias de modernización ya conocidas desde antes, sino más bien la introducción de esquemas sociales menos dependientes de tal modernización técnico burocrática, y más capaces de sobrevivir sin ella. Lo que se trata de mantener y de conseguir son valores e identidades, que parecen verse gravemente amenazados por las fuerzas políticas y sociales que ofrecen una versión engañosa del "progreso". Las reivindicaciones se formulan en un discurso más de reconocimiento de las identidades existentes que de ganancias, de mantener lo que hay (o de restaurar del todo lo que aún no se ha perdido del todo, tal como los equilibrios ecológicos, el entorno urbano, la salud, los símbolos culturales que crean identidades colectivas), más que de buscar lo que es deseable que llegue por medio de la dinámica experimentada en el pasado. Esta concepción antiprogresista y defensiva de los motivos y contenidos queda muy bien expresada en la antítesis de "progreso" con "supervivencia". Debido a esta lógica antiprogresista, ocupan un lugar central términos como El Principio Vida (Kelly/Leinen 1982). Mundo de vida (Habermas 1981). Modo de vida (Raschke), tanto en las autointerpretaciones políticas, como en los análisis filosóficos y sociológicos del paradigma de la "nueva política". El abandono de la idea de "progreso" y "perfeccionamiento" a favor de la defensa tenaz de los valores e identidades presentes constituye un modelo de política que puede vivir, como de hecho hace, sin un "proyecto" construido teóricamente. De aquí proviene la naturaleza, muy a menudo comentada, fragmentaria, ad hoc, pluralista, y selectiva de los enfoques y reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales, así como su rechazo explícito de ideologías totalizadoras.

Sigue además, en segundo lugar, de este cuestionamiento de las concepciones convencionales del "progreso" (es decir, de las que subyacen al "viejo" paradigma) que, si han de cambiar los criterios del progreso (su valoración positiva y su dirección), no es probable que ello ocurra dentro de las formas y procedimientos



institucionales ajustados para la promoción de tal progreso y especializados en ese sentido. Para que ocurra tal cambio, la esfera política ha de ser "reapropiada" de las instituciones que han llegado a monopolizarla y devuelta a las fuerzas sociales con su actividad no refrenada institucionalmente. De esta manera, al rechazo de la noción de "progreso" y de las ideologías totalizantes se añade un desafío a las formas institucionales en que se ha canalizado el progreso en el pasado.

## EVALUACIÓN DE LA FUERZA DEL "NUEVO" PARADIGMA

Tras haber descrito algunos de los rasgos más destacables del nuevo paradigma político, y también el modo ambiguo en que se sitúa en la matriz social e ideológica de la política en Europa Occidental, tenemos ahora que preguntarnos qué fuerza tienen las fuerzas sociales y políticas que han hecho suyo el "nuevo" paradigma. Cualquier intento de resolver cuestiones acerca de la fuerza absoluta o relativa, o de hacer comparaciones sincrónicas o diacrónicas entre tales fuerzas ha de superar dificultades metódicas sustanciales, ya que, en contraste con los actores políticos del "viejo" paradigma, los actores del "nuevo" paradigma no cuentan con formas institucionalizadas de medir su fuerza, éxito, logros o crecimiento, por lo que, en consecuencia, cualquier medida que aplique el observador conlleva el peligro de distorsionar gravemente en uno y otro sentido la fuerza de su potencial sociopolítico. Los valores dominantes siempre son también dominantes en el sentido de que es fácilmente demostrable, mensurable y visible su dominación, existiendo todo un sistema de contabilidad social para los valores dominantes, como las estadísticas sobre los ingresos individuales y estatales, resultados electorales, balances de la seguridad militar y social; en cambio, siempre es difícil determinar de forma no ambigua en qué medida se realizan valores no reconocidos institucionalmente, tanto en absoluto, como en comparación con otros sistemas sociales o con el propio pasado del sistema. Cualquier afirmación acerca de la situación y del grado de desarrollo de fuerzas políticas extra-institucionales es cuestionable debido a la ausencia de procedimientos oficiales de autodetección o de autoobservación. Puede tomarse, como ejemplo, el caso de confrontaciones violentas entre manifestantes y la policía: debido a una mezcla incierta de razones "técnicas" y "sociales", parece que el número de policías heridos en tales conflictos se registra con mucha mayor rapidez y facilidad, con más garantías y más visiblemente que el número de manifestantes heridos. Las instituciones de la cultura cognitiva, comenzando por los departamentos de estadística del gobierno y no terminando por sectores de la sociología empírica, discriminan a menudo los valores opuestos al no medirlos con métodos estandarizados y fácilmente visibles.

Teniendo en cuenta estas dificultades, puede distinguirse cuatro métodos de estimación del potencial de las fuerzas y de la base social de los nuevos movimientos sociales, y por consiguiente del calibre del desafío que plantean al "viejo" paradigma. Tales métodos aplicados para valorar el potencial político de los nuevos movimientos sociales son los siguientes:

a) Mediciones de actitudes y valores individuales como se realizan en las encuestas; tales mediciones dan indicadores de la disposición o del grado de preparación individual para actuar de forma "no-convencional".

b) Mediciones de acciones colectivas no-institucionales [“no convencionales”, como el número de asociaciones de vecinos (Bürgerinitiativen), o el número de la gente que participa en tales iniciativas, en protestas, manifestaciones, boicots, etc.], de la frecuencia de tales acciones y de la diversidad de temas en que se centran.

c) Mediciones de las acciones institucionales colectivas que son el resultado, la consecuencia directa, de acciones previas no institucionales. Puede esto ocurrir al formarse agrupaciones formales (grupos de presión) o partidos políticos (como los partidos “verdes” y “alternativos” en Alemania). También entran aquí los casos en que canales institucionales del sistema político se abren a las exigencias de los nuevos movimientos sociales, o bien convocando referéndums, o bien respaldando el Estado campañas de información (en el caso de la energía nuclear está el ejemplo de Nowotny en Austria, 1979, y de SOMSO en Holanda, 1983), o bien penetrando o siendo cooptados individuos y reivindicaciones en los partidos políticos, o asumidos y propagados por los medios de comunicación de masas.

d) Finalmente mediciones de los resultados e impactos, importantes consecuencias de las acciones o de los potenciales de acción medidos según a), b) y c). Tales resultados incluyen la rapidez y eficacia con las que se responde positivamente a las reivindicaciones expresadas por los nuevos movimientos sociales, por medio de decisiones legislativas y actuaciones administrativas.

Pueden plantearse numerosas objeciones y dudas metódicas respecto a estos cuatro procedimientos de medida de la fuerza o del potencial de los nuevos movimientos sociales y de su evolución en el tiempo, de manera que los datos cuantitativos parecen ser impresionistas en el mejor de los casos y engañosos en el peor de los casos. En cada uno de los cuatro procedimientos de medida son probables los errores en ambos sentidos.

Mientras que las alternativas c) y d) se refieren más claramente a datos generados por el propio mecanismo de autocontrol del sistema, las mediciones hechas en los casos a) y b) son, a menudo, muy distorsionadas o cuestionables en lo que respecta a su validez para un diagnóstico o pronóstico. Para ser más precisos, en lo que se refiere a las mediciones de tipo a) necesitaríamos al menos una buena teoría que aclare en qué medida y en qué circunstancias tales indicadores de actitud y de conciencia tienen consecuencias en el plano de la acción individual o colectiva detectable. (Una discusión equilibrada de este espinoso problema en relación con la medición del “potencial de protesta” se encuentra en Barnes y Kasse 1979, págs. 61 y ss.) Haría falta también conocer en qué medida puede suponerse que esta disposición individual a la acción sea inmune, tanto ante las amenazas de represión percibidas, como ante la posibilidad percibidas de solución empleando formas convencionales de participación.

La alternativa b) parece intuitivamente constituir un indicador más fiel de la "fuerza" o del "potencial político". Pero aquí también cabe plantear la objeción de que la acción colectiva inconventional está condicionada en gran medida por factores externos y por los procesos muy visibles que la ocasionan y provocan constituyendo el foco concreto que provoca la acción de respuesta. En consecuencia, lo que reflejan la envergadura y el ritmo de extensión de la acción colectiva, no sólo es la (creciente) inclinación a emprender tal acción, sino la incidencia de sucesos y decisiones "provocadores" y su distribución en el espacio y el tiempo. Tales acontecimientos pueden no solamente "pinchar" la disposición preexistente a actuar con medios "heterodoxos", sino también afectar el mismo grado de preparación. De darse este caso tendría poco valor para la evaluación del tamaño del potencial de protesta el conocimiento de las normas comunitarias que Marsh (1977) ha denominado "parámetros de licencia para la protesta", ya que estos mismos parámetros serían modificados por los acontecimientos que ocasionan la protesta.

Hay que tomar en cuenta, por otro lado, la hipótesis, en cierta medida cínica, de que el grado a que llega una acción colectiva manifiesta no refleje correctamente la urgencia "objetiva" o "sinceramente percibida" de los temas, sucesos y exigencias que constituyen el foco de tal acción. Tendría validez esta objeción su pudiese mostrarse que los actores están más interesados en los valores intrínsecos de tal acción (expresividad, agresi3n, militancia) que en la misma solución de las cuestiones manifiestas (cf. Parkin 1968), o que solamente recurren a las prácticas de la "nueva política" para dramatizar ciertos intereses de status en el marco de la "vieja política" (como a menudo puede sospecharse en el caso del activismo de la vieja clase media en el contexto de nuevos movimientos sociales).

También puede sospecharse del tercer tipo de medición arriba mencionado (acción colectiva reconocida institucionalmente) que minusvalora gravemente el potencial de la "nueva política", debido en primer lugar a la extendida actitud escéptica entre la base de los nuevos movimientos sociales en lo que respecta al valor potencial de la política institucionalizada y representativa; y, en segundo lugar, a la razón opuesta en el sentido de que personas fuertemente motivadas por las razones de los nuevos movimientos sociales pueden, sin embargo, preferir "invertir" sus recursos políticos en políticas de partido o en otras formas institucionales de acción colectiva, como, por ejemplo, en partidos socialistas o socialdemócratas o incluso liberales que parecen haberse beneficiado en algunos países europeos del avance del feminismo y de la preocupación ecologista, pacifista y de los derechos humanos y civiles. De esta manera, las mediciones del "volumen" de la política institucional frente a la no-institucional darían unas medidas falseadas de la fuerza de esta última, debido tanto a la amplia resistencia que hay a emplear medios institucionales por parte de los movimientos (ya que temen que estos medios institucionales den lugar necesariamente a corrupción, cooptación y desmovilización), como a que también hay, en sentido opuesto pero igualmente extendida, la esperanza en que por sí mismos los métodos políticos institucionales sean un vehículo suficientemente eficaz para los planteamientos y valores del "nuevo" paradigma de forma que no haga alta o sea incluso contraproducente el apoyarse en acciones previas no convencionales.

Finalmente, la medición de) del impacto y de los resultados legislativos puede ser un indicador muy falseante de la fuerza de los nuevos movimientos

sociales. En primer lugar, no queda claro al aplicar este tipo de indicador de impacto si uno está midiendo la fuerza de los nuevos movimientos, o la apertura y capacidad de respuesta de las instituciones políticas que pueden jugar un papel decisivo viabilizando los éxitos del movimiento. En segundo lugar, es en sí misma ambigua la noción de "éxito" o de "impacto", puesto que puede significar, o bien respuestas sustanciales a las exigencias del movimiento pero sin reconocimiento alguno del propio movimiento (es decir, un "prevaciado"; cf. Gamson 1975), o al revés, reconocimiento del movimiento sin respuestas sustantivas a sus exigencias ("cooptación"), o bien ambas cosas, reconocimiento y respuesta positiva. En tercer lugar, hay que hacer unas suposiciones bastante arbitrarias en lo que se refiere al espacio de tiempo que se admite que pueda transcurrir entre la "causa" y el "efecto". Habría también que asegurarse de que no se intercalen en el análisis causas "falsas". Así, por ejemplo, puede interrumpirse la construcción de centrales nucleares como consecuencia de las protestas del movimiento antinuclear, pero también debido a que los pronósticos originales de demanda de energía han resultado ser desproporcionadamente altos.

En resumen, lo que parece confirmarse al pasar brevemente revista a algunas de las mediciones más evidentes y a las dificultades metodológicas que conllevan, es que hace falta contar con una buena teoría política para derivar de ella instrumentos de medida válidos con los que obtener datos que, a su vez, permitan construir una buena teoría política para derivar de ella instrumentos de medida válidos con los que obtener datos que, a su vez, permitan construir una buena teoría política. Pese al dilema de que esto sea un movimiento circular, no cabe prácticamente la menor duda de que los valores, actores, temas y modos de actuar que componen el "nuevo" paradigma han expandido tanto su base social como su impacto político, tanto si se mide su "fuerza" en el plano individual o colectivo, en el de modos de actuar institucionales o no-institucionales, o en el de impactos y resultados políticos. Por distintos que sean sus enfoques teóricos y juicios de valor, parece que desde finales de los sesenta reina extrañamente un amplio acuerdo entre los sociólogos en que en los países de Europa Occidental "se ha extendido en la comunidad política amplia la idea de que la participación política amplia la idea de que la participación política no-convencional es un recurso legítimo de la ciudadanía democrática"; de que hoy existe "un consenso ampliamente compartido a favor de la acción política radical", y de que hoy la política está "llena de mujeres y hombres jóvenes y bien formados que no aceptan que su eficacia política quede recortada por los canales de la democracia representativa oficialmente sancionados" (Barnes y Kaase 1979, págs. 59, 106, 135). Este potencial de acción no ha ido creciendo simplemente como un mero hecho, sino que este hecho se ha ido reconociendo ampliamente como legítimo (o defendible moralmente) pese a la ausencia de instituciones capaces de acomodar tal potencial.

## ESTRUCURAS SOCIALES Y PLANTEAMIENTOS EN PROCESO DE CAMBIO

Partiendo de este consenso sobre el diagnóstico que parece haber surgido en el marco de las ciencias sociales sería posible lograr una evaluación más fiable de la fuerza y potencial de la base social del nuevo paradigma combinando datos acerca de su situación socioestructural en la sociedad con teorías acerca de las previsible transformaciones y cambios futuros de la estructura social. Con este método podríamos obtener una respuesta a la cuestión de si la base socio-estructural de los

nuevos movimientos sociales se ensanchará o no previsiblemente en el curso del desarrollo posterior de las sociedad "pos-industriales".

Mucho de lo que se sabe acerca de la composición socioestructural de los nuevos movimientos sociales como portadores del paradigma de la "nueva política" sugiere que se encuentran enraizados en segmentos importantes de la nueva clase media. Una característica principal de esta clase es que, de acuerdo con Anthony Giddens (1973), no tiene "conciencia de clase", sino que se "reconoce como clase". Es decir: parece haber determinantes estructurales relativamente claros sobre quién es previsible que haga suyas las causas y se empeñe en la práctica de la "nueva política" (habiendo, pues, una fuerte determinación de los agentes), mientras que, en cambio las exigencias (y también los beneficiarios de tales exigencias) carecen en gran medida de especificidad de clase, son dispersas y, o bien son de naturaleza "universalistas" (p.e., planteamientos ecologistas, de paz y de defensa de los derechos humanos), o bien se concentran en alto grado en grupos particulares (definidos, por ejemplo, por el lugar, edad o por verse afectados situacionalmente por ciertas prácticas, leyes o instituciones del Estado). En contraste con la política usual de la clase obrera y también con la política de la vieja clase media, la política de la nueva clase media es típicamente una política de clase, pero no en nombre o a favor de una clase.

Las características estructurales del núcleo de activistas y simpatizantes de los nuevos movimientos sociales provenientes de la nueva clase media consisten en un alto nivel de formación, una seguridad económica relativa [y, especialmente, una experiencia de esta seguridad en "sus años de formación" (Inglehart) y empleo en el sector de servicios personales. Está bien documentada la preponderancia de gente que cumple con estas características, tanto en los distintos movimientos monotemáticos, como en el movimiento por la paz (Parkin, 1968), de protección del medio ambiente (Cotgrove y Duff), feminista y de defensa de distintos derechos civiles (Schenk 1980, págs. 108-118), de asociaciones de vecinos, como en las coaliciones "verdes" de estos movimientos en general. Es, sin embargo, también cierto en la mayoría de los casos que los nuevos movimientos sociales no se componen exclusivamente de "radicales de la clase media", sino que, además, cuentan con elementos de otros grupos y estratos con los que tienden a formar una alianza más o menos estable. Entre estos otros grupos, los más importantes son: a) los grupos "periféricos" o "desmercantilizados" y b) elementos de la vieja clase media.

Por grupos "desmercantilizados" entiendo categorías sociales cuyos miembros en lo que respecta a su situación social no se definen (en ese momento) directamente por el mercado de trabajo y cuya disponibilidad de tiempo, por consiguiente, es más flexible; entre ellos se encuentran las amas de casa de clase media, estudiantes de enseñanza media y universitarios, pensionistas y jóvenes en paro total o parcial. Una característica común de estas categorías sociales es que sus condiciones y oportunidades de vida están marcadas por mecanismos de supervisión, exclusión y control social directos, bien visibles y a menudo extremadamente autoritarios y restrictivos, y también por ser inalcanzable incluso formalmente cualquiera otra opción que permita "escaparse" de esta situación. Están en este sentido, "atrapados", lo que les ha llevado a menudo a participar en revueltas contra el régimen burocrático o patriarcal de estas instituciones.

Otra característica de estos grupos "periféricos" (p.e., estudiantes, mujeres de casa de la clase media, los parados y jubilados) es que pueden permitirse dedicar cantidades considerables de tiempo en actividades políticas, lo que también es el caso de los profesionales de la clase media que muchas veces tienen un horario de trabajo muy flexible. Comparten además a veces éstos y aquellos el mismo entorno institucional, como es el caso de enseñantes y sus estudiantes, de asistentes sociales y sus clientes, etc.

El tercer elemento que se suele incluir en la base social de los nuevos movimientos sociales es la "vieja" clase media (es decir, independientes y autoempleados tales como campesinos, tenderos y artesanos) cuyos intereses económicos inmediatos coinciden a menudo (o difieren menos) con las exigencias expresadas por la política de protesta de los nuevos movimientos sociales.

Por otro lado, las clases, estratos y grupos más reacios a asumir los planteamientos, reivindicaciones y modos de actuar del "nuevo" paradigma, son precisamente las clases "principales" de las sociedades capitalistas, es decir, la clase obrera industrial y los detentores y agentes del poder económico y administrativo.

Cabe, por tanto, afirmar en varios sentidos que el esquema de conflicto social y político que se expresa con los nuevos movimientos sociales es el contrapolo opuesto al modelo de conflicto de clase. En primer lugar, el conflicto no es escenificado por una clase, sino por una alianza social compuesta por elementos que vienen, en distintas proporciones, de diferentes clases y de "no clases". En segundo lugar, no se trata de un conflicto entre los agentes económicos principales del modo de producción, sino de una alianza que engloba virtualmente a cualquier elemento menos a estas clases principales. En tercer lugar, las exigencias no son algo específico de una clase, sino que tienen un fuerte tinte universalista o, al contrario, muy particularista, siendo, por consiguiente, o más o menos envolventes o "categóricas" que las reivindicaciones de clase.

Puede interpretarse esta configuración de las fuerzas de clase y de la política de clase como el resultado de un largo proceso de diferenciación y de divergencia entre lo que Parkin ha llamado "conservadurismo de la clase obrera" y "radicalismo de la clase media". Esta diferenciación constituye el reverso del desarrollo del Estado de Bienestar, en el que se garantiza representación política y económica institucionalizada a la clase obrera en su conjunto además de algún derecho legal de seguridad y protección. El precio, sin embargo, que hubo de pagarse para conseguir este éxito (que no pasa de ser limitado, frágil y reversible) ha sido, en general, la limitación de los objetivos políticos de los movimientos de la clase obrera y la especialización de sus formas organizativas. Formulándolo más en concreto, las batallas dadas y los éxitos logrados en nombre de la gente en su calidad de trabajadores, empleados o receptores de las prestaciones de la seguridad social, iban acompañados por una disminución del énfasis en los intereses de la gente en su calidad de ciudadanos, consumidores, clientes de servicios dados por el Estado, y seres humanos en general. Debido a una cierta

lógica de compromiso político y de acuerdo entre clases, la ampliación de lo "incluido" bajo el Estado de Bienestar no se daba sin la "exclusión" de importantes dimensiones del conflicto de clases con el correspondiente estrechamiento de su temática.

Por otra parte, el terreno de las reivindicaciones que han abandonado desde hace tiempo las organizaciones de la clase obrera (sindicatos, partidos socialistas, socialdemócratas y comunistas), y que se han visto a menudo forzadas a abandonar en interés de sus luchas por el reconocimiento institucional y la mejora material de las condiciones económicas y sociales del núcleo de su base, tiende ahora a ser ocupado por radicales de la clase media, que, también debido en parte a los logros del Estado de Bienestar plenamente desarrollado, son suficientemente numerosos y suficientemente seguros económicamente como para permitirse actualizar y enfatizar de nuevo algunas cuestiones del "orden del día olvidado" del movimiento de la clase obrera, revitalizando algunas de las formas no-institucionales de la política que caracterizaron los primeros períodos del mismo movimiento de la clase obrera.

Prácticamente todos los pronósticos y especulaciones sobre el futuro probable de la estructura social de los Estados de Bienestar democráticos de Europa occidental parecen sugerir que al menos dos (y posiblemente tres) componentes de la base social del nuevo paradigma, es decir, la nueva clase media y los segmentos "periféricos" o "desmercantilizados" de la población es muy probable que aumenten de número en vez de desaparecer. Aunque tienen interés algunas dudas que han surgido respecto a la continuación del crecimiento de los servicios personales y sociales y de la cantidad de personas de la clase media que los vaya a desempeñar (Gershuny 1978), parece muy poco probable aún que las principales funciones sociales en que se ocupa la nueva clase media (tales como enseñanza y distribución de información, servicios de salud, control social y administración) puedan y de hecho sean reemplazadas de la misma forma que los servicios de lavado y planchado han sido reemplazados por máquinas automáticas servidas por los usuarios. Que ocurra algo de este estilo no es probable tanto por la complejidad de los servicios que suministra la nueva clase media, como también por el volumen de demanda de tales servicios. Este volumen depende a su vez en gran medida de la capacidad cada vez más baja del mercado de trabajo de organizar y absorber todo el contingente de fuerza de trabajo. Especialmente en situaciones de crisis económicas, más y más gente se transforma por períodos más y más largos de tiempo de "trabajadores" en "clientes". De esta manera, el crecimiento relativo del segmento "desmercantilizado" de la población garantiza la existencia social de una gran parte de la nueva clase media, preparando posiblemente el terreno para nuevas formas de alianzas políticas entre estos dos elementos.

Quizá sea menos plausible la expectativa de que el tercer elemento vaya a mantenerse también estable al seguirse desarrollando las estructuras sociales. Este elemento, que constituyó en su día la base social de los "viejos" movimientos sociales (populistas, p.e.), goza, sin embargo, del interés y de la protección de fuerzas tan diversas como los gestores de la política económica conservadora (que se dan cuenta del hecho de que la vieja clase media y las pequeñas empresas constituyen los únicos sitios en que parece que pueden crearse empleos en el futuro), y de los modelos "alternativos" o "dualistas" de organización económica

que dicen adiós al proletariado (Gorz 1981) y ven con buenos ojos el incremento de nuevas formas de "auto-ocupación".

En resumen, no cabe apenas duda de que por lo menos dos de los tres elementos que componen la base social típica sobre la que se sustenta el nuevo paradigma político, tanto en número, como en recursos estratégicos, están creciendo y no disminuyendo. Esto constituye una gran diferencia entre los "nuevos" movimientos sociales y los "viejos", que normalmente se componían de fuerzas con pocas probabilidades de sobrevivir ante el impacto de la modernización cultural y económica, ante la que trataban de resistir desesperadamente. Se daría más bien un paralelo con los primeros períodos del movimiento de la clase obrera, inspirado por su profecía bien fundamentada de que tanto su número, como su fuerza, vendrían incrementados y promovidos por el mismo sistema contra el que osaba luchar.

Sin embargo, naturalmente, los números solos no cuentan. La segunda de las dos cuestiones anteriormente formuladas se refiere a los temas y conflictos alrededor de los que se activan y movilizan los números. Si hubiese razones para esperar que estos temas sean de fácil solución y, por consiguiente, de naturaleza transitoria (o que puedan relegarse a un segundo plano en el orden del día político), no habría apenas razones para suponer que vayan a dar pie a conflictos políticos duraderos ni a alianzas. Lo contrario sería, sin embargo, el caso económico e internacional de las democracias capitalistas de Europa occidental si los "planteamientos de no-classes" politizados por los nuevos movimientos sociales fuesen el resultado intrínseco y reproducido incesantemente de las formas establecidas de racionalidad de la producción y de dominación en el marco institucional. Tenemos, por tanto, que entrar ahora en un debate sobre el tipo de temas y exigencias que plantean los nuevos movimientos sociales y sobre la relevancia que pueden cobrar estos temas en el futuro en la temática de las sociedades avanzadas.

## LOS TEMAS BÁSICOS DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Las teorías sobre comportamientos políticos "no-convencionales", "de masas" o "desviados", que contaron con una amplia aceptación en los años cincuenta y a principios de los sesenta (Kornhauser 1959, Smelser 1963), mantenían que la movilización para actuaciones políticas no institucionales era consecuencia de las pérdidas infligidas por la modernización económica, política y cultural a ciertas partes de la población, que reaccionaban ante este impacto recurriendo a modos de actuación política "desviados". Según tales teorías, estas pérdidas se referían al status económico, acceso al poder político, integración en formas intermediarias de la organización social y al reconocimiento de valores culturales tradicionales. Si la modernización de la sociedad ante todo significa la diferenciación y desarticulación de esferas de acción (tales como las esferas "privada" y "pública"), estos movimientos anti-modernistas insistirían en preservar una "unidad" tradicional de la vida (cf. B. Berger y otros 1973). El "desarraigo" social de los marginados y alienados constituía en estas teorías la idea clave de la explicación. Se decía que el comportamiento en masa constituía la típica forma de responder por parte de quienes sufrían los costes de la racionalización societal sin beneficiarse (aún) de sus logros. Se consideraba además esta revuelta contra la modernización como



irracional en sí misma, sacudida por ansiedades y necesidades de expresión y abocada, por consiguiente, al fracaso. El comportamiento colectivo, de acuerdo con Smelser, es una respuesta irracional, histérica, que confunde el deseo con la realidad, y en cualquier caso inadecuada cognitivamente a las coacciones estructurales que genera el proceso de modernización. Se decía que esta respuesta se basaba en mitos negativos y/o positivos o en interpretaciones extremadamente simplistas de la tensión. Es patente el contenido implícito de las teorizaciones de este tipo –que muestran a menudo su preocupación por y su empeño en prevenir un posible surgimiento de movimientos de masas fascista y autoritario–, y su actitud muchas veces autosuficiente: en primer lugar, la base de la política no-institucional está formada por elementos retrógrados, marginados y alienados –y no por el núcleo ni las élites. En segundo lugar, esta resistencia expresiva frente a la modernización es irracional en sí misma y pro lo tanto condenada al fracaso en cuando las élites modernizantes no se vean asfixiadas por ella y estén bien defendidas las instituciones por (entre otros mecanismos) medios represivos de control social. Se trata, en tercer lugar, de un fenómeno transitorio, puesto que el proceso de modernización puesto en marcha acabará por hacer partícipes a todos de sus beneficios, debilitando así la resistencia a la modernización.

Prácticamente nada queda en pie de este tipo de teorización de los movimientos sociales ante la evidencia que muestran los análisis de los nuevos movimientos sociales de hoy. No puede decirse que esté “desarraigada” la nueva clase media que constituye la parte más importante de estos movimientos, sino que cuenta con experiencia y está estrechamente relacionada con la práctica de instituciones económicas y políticas establecidas. Los participantes en movimientos de protesta tales como el movimiento por la paz de la CND (campaña por el desarme nuclear) en Gran Bretaña a finales de los años sesenta “muestran estar bien integrados en un amplio abanico de actividades e instituciones sociales” (Parkin 1968, pág. 16), Ha quedado demostrado, como ya he mencionado antes, que los más dispuestos a empeñarse en modos no convencionales de actuación política, lo hacen estando además probablemente metidos en esquemas políticos ortodoxos”. “No hay correlación entre grados altos de potencial de protesta y un distanciamiento de la política ortodoxa, sino que ambos son componentes de una actitud dual, paralela, frente al recurso a la actividad política” (Marsh 1973, pág. 87; cf. Olsen 1983, cap. I). Las capas sociales sobre las que más se apoya la política de protesta, no son ni de lejos pobres y discriminadas, sino que generalmente gozan de seguridad económica, estando algunos de ellos, “como los estudiantes”, escribe Marsh (1977, pag. 165), “frecuentemente entre los miembros más favorecidos de la comunidad”. Tampoco abogan, como pretende la interpretación “romanticista”, por esquemas pre-modernos, pre-científicos, indiferenciados de organización social, sino que más bien propugnan esquemas que permitirían una realización más plena de valores específicamente “modernos” (como la libertad individual, los principios humanistas y universalistas) que lo que parecen ser capaces de lograr las formas de organización centralizadas, burocratizadas y de tecnología intensiva. Por lo general no se han recogido los modelos de tales esquemas societales de un pasado contemplado con actitud romántica, sino que, normalmente, se conciben y proponen pragmáticamente, haciendo a menudo un uso selectivo de los logros técnicos, económicos y políticos de la modernización. Así, por ejemplo, el llamamiento a la descentralización no se deriva de un ansia irracional hacia las pequeñas comunidades, sino de la conciencia de los efectos laterales destructivos de la centralización y del potencial de descentralización que existe debido, entre otras cosas, a las tecnologías electrónicas avanzadas de información y comunicación.

Tampoco pueden tacharse plausiblemente de "irracionales" estos movimientos, ya que su base social participa en un nivel muy por encima del medio en la cultura cognitiva de la sociedad (es decir, en el conocimiento y la información disponibles en la sociedad), como indican las altas cotas de formación educativa. Como consecuencia de la participación del movimiento de la cultura cognitiva "moderna", encontramos a menudo descripciones complejas, limitadas pragmáticamente y no-ideológicas de la realidad social y de sus dilemas, así como un nivel relativamente alto de tolerancia hacia la ambigüedad y divergencia de los principios ideológicos. Quizá sean las palabras de Galtung las que mejor describan los nuevos movimientos (1981, pág. 18) como "una federación de movimientos monotemáticos que articulan el nivel de integración que encuentran justificable, sosteniéndose mutuamente en muchas cuestiones, aunque quizá no en todas". Dentro de este marco no-ideológico, se recurre a menudo a la habilidad cognoscitiva y a herramientas intelectuales (tales como evaluaciones tecnológicas y estratégicas de análisis de sistemas, y el empleo sofisticado de tácticas legales) para defender los planteamientos y las exigencias hechos por los nuevos movimientos sociales; como consecuencia de ello se recluta a menudo el núcleo de activistas y de líderes informales, por ejemplo, en las asociaciones de vecinos alemanas, entre enseñantes, abogados, periodistas y otros profesionales.

Tras estas observaciones, parece claro que los nuevos movimientos son de otro tipo distinto del analizado en las viejas teorías mencionadas. Pero, ¿cabe afirmar lo mismo de los temas que subyacen a la movilización?

En una parte anterior de este estudio, al hacer la distinción entre los paradigmas políticos "viejo" y "nuevo", ya se contrastaron los dos tipos correspondientes de cuestiones dominantes, centradas, por un lado, en la distribución de los ingresos y en la seguridad, frente a cuestiones relacionadas con la identidad y la autonomía, por el otro lado, como, por ejemplo, derechos humanos, paz, y la defensa de las cualidades físicas y estéticas del entorno. Las consideraciones que siguen no se ordenarán tomando como eje la dicotomía entre ambos tipos de planteamiento, sino más bien atendiendo a la dimensión analítica que corta transversalmente los dos enfoques desde los que se explican los (nuevos) temas. Una de las dificultades bien conocidas inherente a cualquier análisis de "temas" políticos se deriva de la referencia dual que se hace cada vez que se utiliza este concepto: se afirma que una cuestión constituye un tema si hay un número significativo de actores que, de acuerdo con sus valores, necesidades, querencias o intereses particulares, sienten que tiene que resolverse de manera que crea un conflicto con los intereses de otros actores, y si ocurren sucesos o tienen lugar procesos que resaltan las necesidades que están en juego, de forma que constituya esta cuestión un "tema", un "problema" hasta ese momento no reconocido. De esta manera, la "tematicidad" de una cuestión surge como un resultado conjunto de valores y de hechos, de intereses y sucesos, de factores subjetivos y objetivos. De acuerdo con ello, puede explicarse la aparición de nuevos temas poniendo primariamente el énfasis sobre factores subjetivos y objetivos.

En el caso de explicaciones predominantemente subjetivas o, para ser más precisos, psicologizantes y reduccionistas, se atribuye el peso principal a un cambio de los valores y de las motivaciones de los actores, sus disposiciones subjetivas y recursos de acción, etc., aun cuando los cambios mismos en estas variables se

puedan referir a sucesos objetivos previos, tales como los parámetros objetivos de la socialización política o general, o desarrollos en el macro del Estado de Bienestar. Por otro lado, las explicaciones predominantemente "objetivas" ponen principalmente el peso en variables independientes como sucesos, procesos, cambios de condiciones, contradicciones, problemas estructurales, etc., que se supone que son responsables de la aparición de temas, aunque aquí también intervengan mecanismos de mediación de una naturaleza más subjetiva (como, por ejemplo, la capacidad cognitiva de los actores para percibir sucesos) que se insertan en el modelo explicativo. En el fondo, cada uno de los dos enfoques está ligado a una de las dos escuelas de pensamiento en el debate sociológico, es decir, la teorización social metodológicamente individualista "centrada en los actores" y la "estructuralista" o "funcionalista". Una caracterización esquemática de las perspectivas que subyacen a los enfoques "centrados en los actores" y "estructuralistas" se da en el Cuadro 3.

Esta dicotomía entre los dos enfoques no debe, evidentemente, sugerir cándidamente que con el segundo enfoque se cuenta con una conexión directa e inmediata entre los sucesos y procesos, por un lado, y el comportamiento de colectivos e individuos, por el otro. Este enfoque objetivo sugiere, sin embargo, al revés que el enfoque subjetivo, que los actores no se comportan únicamente en función de la realidad interior, de sus sentimientos, preferencias, necesidades y querencias; sino que también actúan bajo la presión de la realidad exterior, tal como se representa por las pautas implícitas de percepción y de interpretación de los actores. Mientras que la realidad interior de los impulsos psíquicos puede estar causada por circunstancias objetivas, el nexo entre tales circunstancias y la acción viene mediatizado, según el segundo modelo, por un proceso cognitivo consciente, en vez de ser un mero reflejo pasivo de las condiciones exteriores.

En lo que respecta al estudio de los nuevos movimientos sociales y de las formas no-conventionales de participación política, tanto las publicaciones actualmente existentes sobre la investigación, como la interpretación, están, sin duda alguna, masivamente inspiradas por la primera de estas dos variantes de teorización social. Con otras palabras, en la mayoría de los casos se ha centrado el interés y el enfoque explicativo en la "presión" de los nuevos valores, reivindicaciones y actores que hacen "tematizables ciertas cuestiones, más que en la "tensión" de los sucesos y procesos objetivos o de imperativos sistémicos, cuya percepción cognitiva pudiera condicionar o plantear los temas. Las más de las veces se ha presupuesto que los nuevos temas o los nuevos modos de actuar reflejan "reivindicaciones crecientes" por parte de los actores como algo opuesto a una creciente urgencia en la defensa de las necesidades existentes al haberse deteriorado las condiciones de su realización. De la misma manera, las variables de la explicación han sido mucho más frecuentemente motivacionales que cognitivas. La mayor parte de los métodos empleados es mucho más adecuada para el estudio de actores individuales (como la investigación por medio de trabajo de campo), que para el estudio de variables sistemáticas (como los métodos históricos de análisis estructural). Parece además reflejarse la dicotomía entre los enfoques "psicologizantes" y "estructurales" en el hecho de que los primeros suelen usarse por los observadores externos de los movimientos, mientras que las autoteorizaciones de tales movimientos suelen referirse a condiciones, circunstancias y sucesos objetivos como las causas principales que producen la "tematicidad" –entendiendo, pues, la acción como la respuesta racional a la percepción de la naturaleza de los problemas que la provocan. A eso se añade el que el enfoque "psicologizante" tiende a entender la perspectiva a largo plazo de

los movimientos como un "vaivén pendular" o como una transición de "estados de ánimo", mientras que un enfoque más estructural tiende a pensar en términos de discontinuidades básicas y cambios en los "principios axiales". Podría quizá incluso afirmarse que el primer enfoque se orienta intelectualmente a la formación de teorías sobre movimientos sociales, mientras que el segundo está interesado en la elaboración de teorías de o para los movimientos sociales. Una teoría integral de los movimientos sociales requeriría, por tanto, idealmente un puente que salve la zanja entre las explicaciones causales y las autointerpretaciones, planteando "respuestas racionales a las condiciones", y que las teorizaciones "de" los movimientos absorban el conocimiento causal existente sobre ellos. No tenemos aquí, sin embargo, este propósito tan ambicioso.

El conocido trabajo de Inglehart (1977) corresponde claramente al primero de los dos enfoques el sugerir como principal variable del surgimiento de la "nueva política" la extensión del cambio de valores. Consta de dos pasos esta explicación, que también integra de forma interesante variables estructurales como la prosperidad económica y mecanismos psíquicos ahistóricos. Estos dos pasos se refieren respectivamente, a las condiciones necesarias y suficientes del fenómeno: en primer lugar, la nueva clase media puede permitirse una actitud crítica ante los "viejos" valores de crecimiento y seguridad debido al efecto de saturación derivado del hecho de que los miembros de esta clase ya gozan, en buena medida, de prosperidad y de seguridad; tienden, se segundo lugar, a ser críticos, según la teoría de Maslow sobre la jerarquía de las necesidades, porque la gente próspera siente el deseo de empeñarse en la búsqueda de autoactualización, para lo que tanto los objetivos, como los modos de actuación de la nueva política brindan amplias oportunidades.

Presenta, sin embargo, al menos dos dificultades este tipo de explicación de la aparición de la nueva política. Es, en primer lugar, muy poco específico teniendo en cuenta que la supuesta necesidad predominante de autoactualización podría igualmente generar estilos de vida y pautas de consumo nuevos y no convencionales, pero completamente privados, en vez de una política nueva, quedando abierta la cuestión de por qué ocurre la uno y no lo otro. En segundo lugar, esta explicación no aclara la edad específica de quienes se encuentran en condiciones de seguridad y de prosperidad, con lo que es incapaz de entender los casos en que la nueva política es asumida por capas que no han participado por sí mismas de estas condiciones, o en que se mantiene con estabilidad aun cuando la generación particular que la inició haya dejado entre tanto de ser activa.

Es, por consiguiente, inadecuada una explicación que busca exclusiva o predominantemente la causa del surgimiento del nuevo paradigma en las condiciones de socialización y en las normas y valores de un estrato particular en la medida en que el fenómeno a explicar constituye de hecho un nuevo paradigma político con el potencial para generalizarse en el tiempo y en el conjunto de la estructura social [como sugieren los trabajos de Marsh y Kease en Barnes y Kaase )1979], en vez de constituir un estilo particular de comportamiento que aparece y desaparece, es ejercido por un grupo particular en las condiciones particulares del entorno de su proceso de socialización. Esta última posibilidad no se puede excluir con certeza a priori, pero ello querría decir que la misma idea del "nuevo paradigma" no es más que una conceptualización hinchada y alarmista de algo que a la postre no resulta ser más que un comportamiento político desviado, propio de

grupos de una determinada edad y que no ha de tener necesariamente ninguna consecuencia duradera sobre la definición de lo que es el contenido de la política. Con otras palabras, si estamos interesados en el significado de los nuevos movimientos sociales como protagonistas potenciales de un "nuevo paradigma", la explicación de Inglehart resulta claramente inadecuada al estar de acuerdo con este significado hipotético, debiendo, por consiguiente, corregirse con una explicación menos "psicologizante".

Un tal tipo de explicación alternativa no busca el origen de los temas en los valores particulares ni en la sensibilidad de los actores, sino en circunstancias, cambios y sucesos que tienen lugar en la sociedad "fuera de los actores" o que, para ser más precisos, son el subproducto no pretendido de la actuación de los actores y del funcionamiento de instituciones, aunque algunos actores puedan verse más afectados por ello que otros, o algunos actores puedan tener una mayor capacidad de percepción y juicio independientes y lo suficientemente diferenciados que otros. Este tipo más estructural de explicación (asumido claramente por varios autores como Brand 1982, Brand y otros 1983, Hirsch 1980, Raschke 1980, en Alemania; Melucci 1982, en Italia), que se fijan en los nuevos movimientos considerando más su potencial de cambio estructural, que su desviación política o que su potencial de distorsión de procesos institucionales, se refiere a tres aspectos interrelacionados de las sociedades industriales avanzadas capitalistas (o, de acuerdo con Touraine, "posindustriales"). En primer lugar, el hecho de que los efectos colaterales negativos de las formas establecidas de racionalidad económica y política ya no son concentrados y específicos de una clase, sino que están dispersos en el tiempo, e el espacio y en sus manifestaciones de modo que afectan virtualmente a cualquier miembro de la sociedad en una amplia variedad de formas ("ensanchamiento"). En segundo lugar, se ha dado un cambio cualitativo en los métodos y en los efectos de la dominación y del control social, siendo su acción más amplia e inescapable, afectando y distorsionando incluso las esferas de la vida que habían quedado hasta ahora fuera del ámbito del control social racional y explícito ("profundización"). En tercer lugar, las instituciones tanto políticas como económicas que administran juntas la racionalidad de la producción y del control han perdido toda su capacidad autocorrectiva o de autolimitación; están atrapadas sin remedio dentro de un círculo vicioso que solamente puede romperse desde fuera de las instituciones políticas oficiales ("irreversibilidad").

Son muy generales y ampliar estas afirmaciones sobre la naturaleza de las sociedades contemporáneas en Europa occidental, por lo que requieren alguna elaboración e ilustración. Juntas diagnostican el ensanchamiento y la profundización simultáneos y la irreversibilidad cada vez mayor de las formas de dominación y de privación. Por lo que al primer punto se refiere, Habermas argumenta con gran coherencia y muy convincentemente que en las sociedades capitalistas tardías la experiencia de privación no es exclusiva del papel del trabajador ni tiene su foco básico en él, sino que tal experiencia afecta igualmente a los papeles del ciudadano, del cliente de decisiones administrativas y del consumidor (Habermas, vol. 2, pág. 513). Foucault sostiene una versión todavía más radical de la naturaleza "dispersa" del poder y de la impotencia que ya no puede seguirse atribuyendo a ningún mecanismo central o fundamental y menos que nada a producción industrial. Se hace muy plausible un argumento de este tipo si tenemos en cuenta dos características de los sistemas tecnológicos y de las economías políticas modernas, de las que dependen: su enorme capacidad de trasladar conflictos y la creciente extensión que alcanzan a la "catástrofe"). La primera característica se refiere al grado de flexibilidad con el que pueden resolverse

conflictos concretos cargando los costes de su resolución a actores externos o recorriéndolo a nuevas dimensiones de privilegio y privación. En este sentido, la solución de un conflicto salarial puede, por ejemplo, producir desequilibrios regionales, o nuevos riesgos para la salud en el puesto de trabajo, o inflación, o cortes en los programas sociales para ciertos grupos, etc. Esta intercambiabilidad sistémica de los escenarios de conflicto y de las dimensiones de la solución del conflicto hace obsoleta la idea de un conflicto "primordial" (como el que se deriva, por ejemplo, de la "ley del valor" de Marx). La misma intercambiabilidad e interconexión es también la condición que extiende de alcance de los efectos de los fallos o errores. Toda una serie de ilustraciones de ello vienen a la cabeza, si se trata de sistemas tecnológicos a gran escala (agricultura industrializada, energía nuclear, transporte urbano, defensa militar, etc.), o de organizaciones económicas y administrativas a gran escala (mercados mundiales, sistemas de seguridad social nacional, etc.). Ambos tipos de efectos de derrame en toda la amplitud de la sociedad producen un "desclase", o un carácter cada vez más "social" de la privación –que hace claramente inadecuada la concepción tradicional marxista de los "conflictos clave" y contradicciones principales inherentes a estructuras institucionales específicas.

El segundo de los tres puntos antes mencionados se refiere al diagnóstico de la profundización de la privación que afecta a los planos fundamentales de la existencia física, social y personal. Para designar este aspecto de las formas modernas de racionalización y control se recurre a menudo a metáforas como la "invasión" o la "colonización del mundo de vida" (Habermas, vol.2). Esto quiere decir que la regulación económica y política ya no se limita a la manipulación de coacciones externas del comportamiento individual, sino que también interviene, al servicio de normas tecnocráticas de racionalidad y de coordinación, en la infraestructura simbólica de la interacción social informal y en la generación de sentido por medio del uso de tecnologías legales, educaciones, médicas, psiquiátricas y de los medios de comunicación. Se describe a menudo este tipo nuevo y penetrante de control social como una exigencia funcional de una nueva etapa de la producción: "Los mecanismos de acumulación ya no se alimentan de la simple explotación de la fuerza de trabajo, sino más bien por medio de la manipulación de sistemas organizativos complejos, por medio del control sobre la información y sobre procesos e instituciones de generación de símbolos, y por medio de la intervención en las relaciones interpersonales... La producción está pasando a ser la producción de relaciones sociales y de sistemas sociales... Está pasando, incluso, a ser la producción de la identidad biológica e interpersonal del individuo... El control y la manipulación de los centros de dominación tecnocrática están penetrando cada vez más en la vida diaria" (Melucci 1980, págs. 217 y ss.). Pueden quizá clarificarse tales planteamientos vagos y globales partiendo de la idea de que los sistemas sociales tecnológicos a gran escala tienden, en el proceso de su ulterior crecimiento a ser exponencialmente más vulnerables y sensibles ante formas de comportamiento imprevisibles, irregulares o "desviadas" por parte de sus actores constitutivos, por lo que aumenta en el mismo grado su intolerancia con el consiguiente recurso a medidas de vigilancia y control preventivas y coordinadas cada vez mayores y más detalladas (cf. Hirsch 1980).

El tercer punto se refiere a la incapacidad estructural de las instituciones políticas y económicas existentes para percibir y actuar eficazmente ante las privaciones, riesgos y amenazas globales que causan. Las teorías actuales, tanto sobre el fallo económico como sobre el "falle estatal" (Jänicke 1979) arrojan la imagen bastante paradójica de que estas instituciones son a la vez omnipotentes en

el control explotación y dominación de sus espacios físicos y sociales y, sin embargo, en gran medida impotentes para remediar las consecuencias autoparalizantes del empleo de tal poder. Esta experiencia de bloqueo de la capacidad de aprender (el bloqueo de la capacidad de autotransformación o aunque sólo sea de autolimitación por parte de las instituciones de la racionalidad tecnológica, económica, política y militar) ha dado lugar en la Europa a finales de los setenta a protestas que, con palabras de Suzanne Berger, no iban dirigidas "contra el fracaso del Estado y de la sociedad en la creación de crecimiento económico y prosperidad material, sino contra su éxito demasiado considerable en todo ello y contra el precio que ha costado tal éxito" (1979, pág. 32).

Es innegable que también estos análisis más estructurales y objetivistas de la naturaleza de la dinámica política, económica y técnica de las sociedades industriales avanzadas –y no solamente de las sociedades exclusivamente capitalistas- pueden sufrir en cierta medida una fuerte influencia y sufrir distorsiones debidas a una perspectiva partidaria a favor de los nuevos movimientos sociales y de su potencial emancipatorio. Desde el punto de vista de una sociología del conocimiento, no sería sorprendente encontrar una relación circular entre los actores sociales y la interpretación analítica dominante de la realidad social dentro de la que y sobre la que actúan. Sin embargo, esto constituirá un grave problema sólo en el caso de que pudiera mostrarse que tales teorías no fuesen más que proyecciones ideológicas de quienes coinciden con ellas en sus intereses prácticos –lo que ciertamente no es el caso en lo que se refiere a la crítica del esquema establecido de modernidad y racionalización que hemos resumido en los tres aspectos antes descritos. Puede observarse un amplio consenso entre los análisis estructurales de las sociedades industriales occidentales en lo que se refiere a la incidencia y la distribución difusas y no específicas de clase de los costes y privaciones que resultan de los procesos continuados de modernización técnica, económica, política y militar; a la creciente profundidad de estos efectos que llegan a producir daños virtualmente irreversibles a las estructuras ecológicas, psíquicas y morales de la vida social; y a las extendidas dudas respecto a la existencia de un potencial suficiente de adquisición de conocimientos, tanto en las instituciones económicas existentes (propiedad privada, mercados, colocación por medio del mercado de la fuerza de trabajo), como en las instituciones políticas (democracia de competencia entre partidos, representación política, métodos de regulación legal-burocráticos).

Es indudable que puede tacharse a estos planteamientos de tendenciosos y destinados a satisfacer las necesidades de legitimación de los nuevos movimientos sociales. Sin embargo, por otro lado, de ser demostrable la validez de tales planteamientos, contaríamos con una interpretación sociológica del brote de los nuevos movimientos cuyo modo de actuar políticamente aparecería entonces como una respuesta racional a un entorno específico de problemas. Esta interpretación en el sentido de una "respuesta racional" sería tanto más convincente, cuando mejor pueda mostrarse que se cumplen las siguientes condiciones:

a) Los planteamientos analíticos ya indicados no son solamente compartidos por activistas del movimiento, sino además por una amplia comunidad de contemporáneos informados y competentes que no están envueltos en movimientos políticos.

b) Estos y sólo estos aspectos constituyen las causas de los nuevos movimientos sociales, cuya urgencia y predominio se debe a los procesos objetivos a que se refieren los tres puntos arriba indicados.

c) La constitución amplia de los movimientos y de su contingente de activistas surge de los grupos sociales probablemente más propensos a ser afectados por las consecuencias negativas de estos procesos y/o de quienes cuentan con acceso cognitivo más fácil sobre el funcionamiento de estos procesos y sus consecuencias.

d) No son "nuevos" los valores proclamados y defendidos por los nuevos movimientos sociales, sino que forman parte del repertorio de la cultura moderna dominante, dentro de la que ocupan una parcela. Es difícil, por consiguiente, mantener que los movimientos provienen de una subcultura bien "premoderna" o - lo que da lo mismo- "posmoderna".

e) Los modos de comportamiento extrainstitucionales adoptados por los mantenedores del nuevo paradigma se usan y justifican haciendo referencia explícita a la "incapacidad de aprender" y a una falta estructural de "capacidad de respuesta" por parte de las instituciones establecidas, más que en nombre de ninguna doctrina política revolucionaria.

En la medida en que los movimientos actúan de acuerdo con estos criterios, cabe refutar la tesis de que sus interpretaciones del mundo tienden a ser meras justificaciones ideológicas de la actuación de subculturas políticas desviadas. Esta prueba teórica parte naturalmente del supuesto de que las ideologías (en sentido de conciencia deformada, tendenciosa o "falsa") no sólo se distinguen de la "verdad" (que es tan difícil de valorar independientemente), sino que, debido a la "inversión" de algún interés y alguna motivación ocultos en la ideología, siempre hay alguna disonancia entre los actores que la profesan y proclaman y su comportamiento práctico. Esto tiene la mayor importancia y, en consecuencia, un grado alto de consistencia entre "ideología" y práctica, o la ausencia de motivaciones ocultas, indicarían el carácter no-ideológico de la afirmación subyacente acerca de la realidad social.

En lo que respecta al problema de los "nuevos" valores, puede empezarse afirmando que lo menos "nuevo" de los movimientos sociales de hoy son sus valores. Ciertamente no contienen nada "nuevo" los principios y exigencias morales acerca de la dignidad y de la autonomía de la persona, de la integridad de las condiciones físicas de la vida, de igualdad y participación y de formas pacíficas y solidarias de organización social. Todos estos valores y normas morales propugnados por los mantenedores del nuevo paradigma político están firmemente enraizados en las filosofías políticas (así como en las teorías estéticas) modernas de los dos últimos siglos, y han sido heredados de los movimientos progresistas tanto de la burguesía, como de la clase obrera. Esta continuidad sugeriría que los nuevos



movimientos sociales en lo que respecta a sus orientaciones normativas básicas, no son ni "posmodernos" en el sentido de que enfatizan nuevos valores que (aún) no han sido asumidos por la sociedad más amplia, ni tampoco "premodernos" en el sentido de hacer propios los residuos de un pasado romantizado prerracional. Teniendo en cuenta su filosofía moral implícita, son más bien los contemporáneos de las sociedades en que viven y en las que se oponen a los planteamientos de racionalidad económica y política que hacen las instituciones. En cualquier caso, no se da esta oposición en primer lugar entre valores "viejos" y "nuevos", sino entre concepciones conflictivas respecto al grado en que se satisfacen de un modo igual y equilibrado los diferentes elementos dentro del repertorio de valores modernos. La autonomía personal, por ejemplo, no constituye en manera alguna un valor "nuevo"; nueva es, sin embargo, la duda de si este valor va a ser promovido meramente como un subproducto o una covariante automática de instituciones dominantes, tales como los mecanismos de la propiedad y del mercado, la política de la democracia de masas, la familia nuclear, o las instituciones de cultura de masas y de comunicación de masas. Lo que está en nuevo no son los valores, sino el modo en que se realizan, y la relación que se supone entre la satisfacción de valores distintos (p.e., entre los ingresos y el grado intrínseco de satisfacción en el trabajo, o la relación entre el control sobre las élites y el desarrollo personal del juicio y la comprensión de la política democrática de masas). Los valores del tipo de la autonomía, identidad, autenticidad, o también los derechos humanos, la paz, y la deseabilidad de entornos físicos equilibrados, son prácticamente indiscutibles. Precisamente el carácter contemporáneo de los valores subyacentes a los nuevos movimientos sociales es lo que deja inermes en cierta medida a sus contrincantes intelectuales y políticos, o los a distorsionar y a caricaturizar muchas veces estos valores tachándolos de, o bien románticos (es decir, regresivos políticamente y/o psicológicamente) o de ser las predilecciones lujosas de grupos privilegiados que han perdido contacto con las realidades sociales. Con más propiedad podría, por tanto, hablarse más bien de una crítica "moderna" de la modernización, que de una "antimodernizante" o "posmaterialista", ya que, tanto los fundamentos de la crítica, como su contenido, se encuentran en las tradiciones modernas del humanismo, del materialismo y en las ideas emancipatorias de la ilustración. Lo que observamos no es, pues, un "cambio de valores", sino una conciencia de la descomposición y de la incompatibilidad parcial en el interior del universo de los nuevos valores. Se percibe la descomposición de los nexos de implicación lógica entre valores –como también del nexo entre progreso técnico y la satisfacción de las necesidades humanas, entre propiedad y autonomía, ingresos e identidad y más en general entre la racionalidad de los procesos y la deseabilidad de los resultados. Esta percepción cognitiva de los choques y de las contradicciones dentro de la constelación moderna de valores puede generar un énfasis selectivo a favor de alguno de estos valores- lo que no es lo mismo que un cambio de valores.

Si nos fijamos en los actores del "nuevo" paradigma, el enfoque estructural nos haría suponer, tal como hemos argumentado antes, que quienes tienen un acceso más fácil a la naturaleza particular de las irracionalidades sistémicas o que quienes son más probablemente víctimas de una serie de privaciones, son los actores más presumibles. La primera de estas dos suposiciones viene confirmada por el hecho de que los niveles de educación (y posiblemente el que la experiencia educativa sea reciente, como se parecía por la edad) juegan el papel más decisivo como condicionantes del activismo de los nuevos movimientos sociales. Puede que dos factores contribuyan a que haya una correlación directa entre los niveles de educación y las formas inconventionales de participación política. Por un lado, con un nivel alto de estudios formales se adquiere una cierta competencia (de la que es consciente) para emitir juicios sobre cuestiones "sistémicas" complicadas y abstractas en terrenos económicos, militares, legales, técnicos y referentes al

medio ambiente. Por otro lado, aumenta la educación superior por la capacidad de pensar (y bien posiblemente de actuar) con independencia y la aptitud para cuestionar críticamente las interpretaciones y teorías sobre el mundo que le llegan a uno. Con otras palabras, la gente formada no sería solamente más competente para hacerse su propio juicio, sino que tampoco tendría una dependencia mecánica respecto al juicio de otros.

El acceso cognitivo a tales irracionalidades, especialmente en lo que se refiere al aspecto de "profundización", puede además suponerse que es óptimo para la gente que por su ocupación está situada en el campo de los servicios sociales personales, o asimismo en la administración. Estos sectores de la nueva clase media que trabajan en servicios sociales y funciones administrativas, son los que se ven confrontados más directamente y más de cerca por la práctica y la experiencia de su trabajo con estas irracionalidades. Cabe además esperar que sea mínima la inhibición frente a la adopción de actitudes favorables hacia los planteamientos de los nuevos movimientos por parte de quienes se sienten relativamente seguros en su posición económica actual (en contraste con la teoría de Inglehart que se refiere a la prosperidad disfrutada en los años de formación). En la mayoría de los países europeos, disfrutaban de esta prosperidad relativa y sobre todo de seguridad los empleados en el sector público. Combinando estas cuatro variables (logros educativos, edad, servicios personales, empleo en el sector público) nos acercamos mucho a la categoría social que, de acuerdo con todos los datos cuantitativos existentes, tiene la proporción más alta de gente con actitudes favorables hacia los planteamientos y actuaciones de los nuevos movimientos sociales. Esta categoría social se compone además de los grupos descritos por varios escritores neo-conservadores como "nueva clase" (cf. Brucés-Briggs 1979, Schelsky 1975), afirmándose de ellos que son los típicos partidarios de una "cultura adversaria" (Bell 1976).

Mientras que la "nueva clase media" encaja bastante bien como componente de los nuevos movimientos sociales en la explicación estructural, es menos evidente ese encaje en lo que se refiere al segmento compuesto por grupos que hemos denominado "periféricos" o "desmercantilizados".

¿En qué sentido puede concebirse que esta categoría tan heterogénea pueda verse particularmente afectada y, por consiguiente, específicamente movilizada por los síntomas específicos de privación y de control que hemos descrito antes?

Una posible respuesta sería que los distintos elementos dentro de esta categoría hacen la experiencia común de quedar excluidos de las formas de participación en la sociedad y en la política a que se accede por medio de la participación activa y estable en el mercado de trabajo y en organismos formales a gran escala. Otra respuesta resaltaría el grado substancialmente más bajo de autonomía personal respecto a la determinación individual de las condiciones de vida de que gozan la mayoría de los miembros de grupos "periféricos" (y particularmente las amas de casa de la clase media y los adolescentes). Cabría, finalmente, especular que estos grupos están relativamente menos constreñidos por normas e instituciones en una sociedad en que una parte cada vez mayor del tiempo de vida transcurre fuera del esquema formal de trabajo (antes, durante y después de los años de trabajo), pero

en la que aún no se han establecido modelos ni enfoques ampliamente aceptados sobre cómo pasar el tiempo de no-trabajo; podría, en tal sentido, estarse creando una condición "anómica" en la que una proporción decreciente del universo del mapa societal está en las coordenadas institucionales mientras que se extienden las *térrea incognitae*. Puede explicarse en cierta medida una movilización de miembros de la vieja clase media, como ocurre en movimientos de protección del medio ambiente y nacionalistas, en términos estructurales. La movilización de estos elementos de la vieja clase media responde a la violación de valores tradicionales las más de las veces, por lo que su acción podría analizarse más adecuadamente en consonancia con las pautas y dinámicas de los "viejos" movimientos sociales.

También los temas del "nuevo" paradigma se relacionan claramente con una concepción de la realidad social caracterizada por el aumento de las privaciones y de disfunciones (posiblemente catastróficas), la profundización del control y el diagnóstico del bloqueo de la capacidad institucional de aprender. Todos los planteamientos principales de los nuevos movimientos sociales parten de la idea de que la vida misma –y los niveles mínimos de "buena vida" según definen y sancionan los nuevos valores- están amenazados por la ciega dinámica de la racionalización militar, económica, tecnológica y política, no contando además las instituciones dominantes políticas ni militares con suficientes barreras ni con la suficiente fiabilidad para evitar que se traspase el umbral del desastre. Esta concepción constituye también la base de la adopción y legitimación de modos de actuación no convencionales. Ello se debe a dos razones: en primer lugar, si de hecho lo que está en juego es la vida y la supervivencia, queda fácilmente desacreditada la fidelidad formal hacia cualesquiera "reglas de juego" establecidas como algo con significado inferior en comparación con cuestiones tan esenciales. En segundo lugar, si los mecanismos institucionales son considerados demasiado rígidos para detectar y absorber los problemas de las sociedades industriales avanzadas, sería inconsecuente confiar la solución a estas instituciones (cf. Rucht 1982, pág. 277). Aparecería entonces el brote de los nuevos movimientos político-sociales más como el resultado de una "provocación" consistente en las contradicciones e inconsistencias dentro del sistema de valores –cada vez mayores y más visibles-, que como el resultado de un choque entre los valores "dominantes" y otros "nuevos" (o, en este contexto, románticos y "premodernos").

El que los valores en los cuales se fundamentan los nuevos movimientos sociales han de entenderse más como una radicalización selectiva de valores "modernos", que como un rechazo global de tales valores, queda también confirmado por numerosos detalles de la dinámica del nuevo paradigma de la política extrainstitucional. Este paradigma depende tanto de los logros de la modernización política y económica, como de la crítica de sus promesas incumplidas y de sus efectos perversos. Así, por ejemplo, fue probablemente el período anterior al surgimiento del nuevo movimiento feminista en la segunda mitad de los sesenta, es decir, el de las dos décadas de la posguerra, el período de los últimos cien años en que se iniciaron y realizaron los avances más rápidos y de mayor alcance en la posición social de la mujer en general (p.e., acceso más fácil y más equitativo a la educación superior y al mercado de trabajo, disminución del tamaño de la familia y de la carga de trabajo en hogares cada vez más mecanizados, actitudes públicas menos rígidas además de actitudes liberalizadoras en lo que se refiere al control del embarazo, aborto, divorcio, etc.). Todos los datos relevantes sugieren que son precisamente las mujeres que más parecen beneficiarse de estos avances las que más fácilmente se movilizan por las causas del nuevo movimiento feministas. No hay que entender esto como una paradoja, sino más bien como una consecuencia

lógica si partimos de que solamente tras la experiencia de esta liberalización de las normas y reglas definidoras del status de la mujer en la sociedad, es posible tematizar y politizar la lógica funcionalista y productivista de las instituciones dominadas por hombres. De la misma forma, sólo es posible entender lo subordinados que están los enfoques "femeninos" del trabajo y de la identidad, tras haberse ya logrado un progreso considerable hacia la "liberación" como subproducto no pretendido de los procesos de modernización, y luego de que lo "femenino" haya pasado a ser un posible foco de formación de la identidad.

Igualmente pueden invocar los movimientos ecologistas los testimonios que (como el Primer Informe del Club de Roma) vienen de los centros de las instituciones de la racionalidad científica, económica y política y que resaltan vivamente las posibles consecuencias catastróficas de una continuación sin modificaciones de este tipo de racionalidad. Lo mismo cabe decir de los nuevos movimientos por la paz que muchas veces no hacen más que popularizar y radicalizar las dudas que ya existen entre minorías de las élites militares y de los expertos estratégicos preocupadas por los dilemas, riesgos y contradicciones que contienen las actuales estrategias de defensa. En todos estos casos y también en otros, los mantenedores del nuevo paradigma político lo hacen sobre el fundamento de cambios estructurales, conocimientos y patrones de legitimación que han recibido de las mismas élites gobernantes (incluyendo minorías disidentes), o de proyectos reformistas de tales élites que quedaron inacabados, más que de normas o modelos derivados de un pasado pre-moderno distante,, o de un futuro utópico no menos distante.

Se echa de ver, además, el carácter "contemporáneo", integrado y en ese sentido "moderno" de (por lo menos) la componente de clase media de los nuevos movimientos sociales, por el hecho bien documentado (cf. Marshall 1977, Olsen 1983) de que los que recurren a métodos no-convencionales de acción política, no lo hacen así por carecer ni de experiencia ni de información acerca de las formas convencionales disponibles de participación política; por el contrario, estos actores son relativamente buenos conocedores, y conocedores también de las prácticas convencionales y de sus frustraciones. De acuerdo con esto, la crítica que expresan los teorizadores desde el interior de los nuevos movimientos sociales hacia los partidos políticos, el gobierno parlamentario, las burocracias de las instituciones públicas, la norma de la mayoría y la centralización, parecen concentrarse siempre más en sus limitaciones, rigidez parcial, aspectos de mal funcionamiento y evidencia empírica de deterioro, que en un rechazo global y de principio de tales instituciones del estilo del rechazo global y de principio de tales instituciones del estilo del que es típico de las teorías "revolucionarias" de la extrema izquierda y de la extrema derecha.

El carácter "moderno" de los nuevos movimientos sociales se manifiesta, finalmente, porque han asumido como convicción evidente que el curso de la historia y de la sociedad son "contingentes", es decir, que pueden ser creados y cambiados por las personas y por fuerzas sociales decididas a ello, más que por principios "metasociales" (Touraine) de orden divino o natural o, en lo que aquí respecta, por una dinámica insoslayable que aboca a la catástrofe. Estos supuestos metódicos de que pueden cambiarse las cosas dejan lugar regularmente para la contingencia en lo que se refiere a las áreas y métodos en que y con que pueden realizarse cambios, teniendo, por consiguiente, una estructura lógica

fundamentalmente distinta de las de las doctrinas del marxismo clásico (y también de las doctrinas de algunos de los primeros nuevos movimientos sociales) que se basan en supuestos ontológicos sobre los grupos sociales privilegiados (o incluso "correctos"), momentos, formas y tácticas organizativas predeterminados por medio de los que pueden producirse el cambio.

## DETERMINANTES DEL FUTURO IMPACTO POTENCIAL DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y DEL NUEVO PARADIGMA

Cualquier discusión sobre el futuro posible o probable de los nuevos movimientos sociales tiene que fundamentarse, o bien en analogías esquemáticas y en alto grado problemáticas entre estos movimientos y los del pasado (con lo que se pasa por alto la posibilidad de que estos movimientos porten algo sustancialmente "nuevo"), o bien en una cierta especulación, con lo que han de resultar necesariamente pronósticos bastante hipotéticos. Decidiéndonos por esta última alternativa planteamos la discusión en relación con tres umbrales que pueden ser pasados o fallados secuencialmente por los nuevos movimientos sociales. El primero de los tres umbrales se refiere a la supervivencia o desintegración de las formas amébricas en alto grado de acción política colectiva que hemos descrito aquí como típicas de los nuevos movimientos sociales. En caso de lograrse su sobrevivencia y continuidad se refiere al segundo umbral al éxito, que puede ser desde nulo (con una probable implicación negativa para la supervivencia) o limitado y permanentemente restringido o creciente acumulándose a largo plazo. Y en este último caso el impacto político y social de los nuevos movimientos sociales puede llegar a cuestionar de hecho e incluso a derrumbar eventualmente el "viejo" paradigma dominante de la política, o a conseguir una ganancia de "territorio" por parte de los nuevos movimientos sociales, dejando, sin embargo, intacta la dominación del "viejo" paradigma de la política. Aunque siguen echándose en falta muchos análisis comparativos, comparando tanto distintos movimientos entre sí, como movimientos de distintos países (que se están iniciando en varios lugares, sobre todo en lo que se refiere al primero y segundo umbral), pueden aventurarse algunas generalizaciones hipotéticas en referencia con cada uno de los tres umbrales.

### 1. Supervivencia

El que los movimientos sociales sean informales por definición en su modo de actuar es siempre una debilidad para su continuidad en el tiempo. Dependen directamente de sucesos que ocurren en su entorno social creando las ocasiones para la acción (con éxito). Las organizaciones formales son, en cambio, menos dependientes y afectadas por los sucesos que ocurren en sus alrededores. Por el hecho de ser formales tienen capacidad para "esperar", es decir, para continuar existiendo durante un tiempo aunque "no ocurra nada". Hablando históricamente, a menudo han tratado los movimientos sociales de superar esta dificultad definiendo ciertas fechas como ocasiones de acción colectiva [el 1º de mayo, el día de la mujer, las marchas de Pascua del movimiento europeo por la paz a finales de los cincuenta y principios de los sesenta (cf. Otto 1977) las huelgas de solidaridad en Polonia en 1982, etc.]. Esta técnica con la que los movimientos se dotan a sí mismos con un "calendario" de acontecimientos y ocasiones de acción, presupone,

sin embargo, una definición de la identidad colectiva de los autores y de sus motivos suficientemente abstracta y suficientemente envolvente. Cuando no se cuenta con estas definiciones bien sostenidas se suele atribuir a ciertos puntos en el espacio una significación simbólica, marcándolos como focos de la acción colectiva. Tal ha sido el caso en Alemania occidental con las casas ocupadas y las zonas de remodelación urbanística en torno a las que se han producido tantos enfrentamientos, y con ciertos emplazamientos bien conocidos de plantas de energía nuclear en construcción (Wyhl, Brokdorf, Gorleben, Kalkar) y de nuevos aeropuertos (p.e., la "Pista de despegue Oeste" –Runway West- del aeropuerto de Francfort, con el paralelo japonés del aeropuerto de Sanrizuka en las proximidades de Tokio). Esta creación simbólica de fechas y lugares es a todas luces un medio débil y primitivo de asegurar la sobrevivencia y la continuidad.

Medios un poco más ambiciosos son los congresos y conferencias nacionales y las manifestaciones organizadas centralmente, como las marchas por la paz que hubo en el otoño de 1981 en Italia, Francia, Holanda, Inglaterra, Bélgica y Alemania occidental. En lo que se refiere al número de participantes, estas manifestaciones han sido grandes éxitos. Pero estos éxitos simplemente resaltan la difícil continuidad, ya que arrastran el problema de que cualquier manifestación futura que no alcance el mismo grado de movilización se interpretaría, sin duda, por todas las partes involucradas como un signo de debilitamiento. De esta manera quedan atrapados por sus propios éxitos los organizadores de acciones de masas informales: o tratan de repetir éxitos con un alto riesgo de fracasar; o no tratan de repetirlos dando pie a la interpretación (muchas veces en gran medida correcta) de que su éxito anterior se debía solamente a la explotación hábil de circunstancias temporales y transitorias unido a una cobertura inicialmente generosa, pro gradualmente decreciente por parte de los medios de comunicación. Además, la frágil estructura organizativa sobre la que generalmente se sostienen tales actos centralizados (p.e., algún tipo de "comité de coordinación" ad hoc), se ve expuesta a dos peligros estructurales: al ser generalmente autonombrada y basarse en trabajo voluntario (y más aún si el personal u otros recursos son aportados por otras organizaciones políticas), puede cuestionarse fácilmente su legitimación o representatividad. En segundo lugar, al no haber reglas ni procedimientos formalmente reconocidos para resolver los conflictos (habiendo poca disposición a aceptar compromisos, ya que el carácter ad hoc de la colaboración apenas permite esperar concesiones recíprocas "la próxima vez"), no queda otra alternativa que la cruda de alcanzar la unanimidad o separarse.

A menudo han desarrollado los movimientos sociales como un sustituto funcional parcial de la organización formal, líderes carismáticos y/o una "teoría" claramente formulada de la que los líderes pueden deducir su legitimidad y que interpreta el mundo partiendo de tres cuestiones clave: ¿quiénes somos "nosotros"?, ¿quién es el "enemigo"?, ¿cuál es su táctica previsible) y ¿qué hay en juego en la lucha? En contraste con el movimiento estudiantil de los sesenta, los nuevos movimientos sociales de fines de los setenta y principios de los ochenta se caracterizan por la clara ausencia de estos dos sustitutivos de la organización formal. Cualquier pretensión de un portavoz de hablar "en nombre" del movimiento, o incluso de ser el intérprete de una teoría o ideología generalmente aceptada, provoca sospechas y rechazos vehementes. Esto no sólo se debe a razones contingentes, o a que el ambiente favorezca el pragmatismo, el pluralismo y la experimentación frente a doctrinas ideológicas coherentes y sostenidas por principios. Más bien hay que entender la naturaleza no ideológica de la política de protesta de los nuevos movimientos sociales como el resultado de un dilema

estructural, de una "trampa de protesta". La movilización de protesta tiene generalmente lugar en un punto relativamente tardío de la trayectoria de una cuestión política, sólo después de haberse definido las principales alternativas siendo claramente reconocibles sus consecuencias por una amplia opinión pública. Debido a su falta de status institucional y a su recurso a tácticas de protesta, el movimiento no tiene apenas oportunidades de intervenir en una fase "temprana" y aún relativamente abierta del proceso político en cuestión. Sin embargo, al llegar en este sentido el movimiento siempre relativamente "tarde", tiene que dar prioridad absoluta a la coalición negativa lo más amplia posible de fuerzas que estén dispuestas a unirse a la protesta –por cualquiera razones, por particulares o por muy manifiestamente irreconciliables ideológicamente entre sí que sean. Esta presión por falta de tiempo, unida a una desconfianza generalizada en planteamientos ideológicos totalizantes tiende a dejar de lado el debate ideológico, quedando desacreditada toda insistencia sobre puntos de vista ideológicos particulares como factor de división que viola las normas de eficacia y de solidaridad.

Esto significa, sin embargo, que los movimientos solamente pueden desarrollar unas perspectivas estratégicas rudimentarias sobre soluciones positivas a los problemas políticos y que no relacionan entre sí dentro de un contexto los distintos temas de protesta como para poder desarrollar un programa político de cierta coherencia. Debido a esto, se encuentran en los nuevos movimientos sociales, irresueltas o reprimidas, numerosas antinomias ideológicas de la naturaleza más fundamental (Kitschelt 1982, pág. 193). Varios intelectuales socialistas cuyo pensamiento está enraizado en las ideas de la Nueva Izquierda han expresado repetidas veces su fuerte irritación ante las manifiestas actitudes "antiteóricas" de los nuevos movimientos sociales y los "lazos rotos entre la teoría y la práctica" (cf. Evers 1981).

En la medida, pues, en que la supervivencia de los movimientos sociales pueda depender de mecanismos organizativos o ideológicos formalizados y explícitos que aseguren su coherencia y continuidad, parece muy incierta la perspectiva de supervivencia. Por otro lado, puede cuestionarse, sin embargo, el mismo modelo racional de organización política que subyace a este planteamiento.

Más que en la construcción de su propia infraestructura organizativa, los nuevos movimientos sociales han sido muy hábiles y obtenido muchos éxitos utilizando espacios públicos institucionalizados y medios de comunicación externos a las instituciones centrales del sistema político para afirmar su coherencia y continuidad. El fallo en la construcción de formas políticas ajenas. De entre los espacios públicos que usan o crean los nuevos movimientos sociales el más destacado es el de la religión organizada (lo que constituye otro paralelo interesante con el movimiento Solidarnosc en Polonia) y, en menor grado, los foros en que se muestra el arte (música popular y también literatura y teatro), y los de la ciencia y, en cierta medida, de los deportes. Muchas veces se han presentado, formulado y han logrado protección y legitimación institucional bajo el techo de estas instituciones las ideas de los nuevos movimientos sociales especialmente en el caso de los movimientos por la paz, ecologista, de vecinos y feministas; contándose así con la oportunidad de congregarse grandes grupos de gente que se tienen a sí mismos como componentes de los nuevos movimientos sociales.

Se ha recurrido además frecuentemente a otros medios no-políticos para simbolizar que se asumen personalmente las causas de los nuevos movimientos sociales: estilos de vida, preferencias estéticas, pautas de consumo, formas de vestir, etc.

Todas estas fuentes "culturales" de continuidad y coherencia tienden a escapárse nos si concentramos nuestra atención exclusivamente en las características más tradicionales de las organizaciones políticas, tales como estructuras formalizadas de toma de decisiones, liderazgo e ideología.

Un ejemplo más de cómo parecen los nuevos movimientos sociales compensar su falta de organización formal es la estrecha afinidad y transferibilidad de esfuerzos entre distintos movimientos monotemáticos. Sin ninguna coalición formal ni un marco ideológico explícito común, parece haber, sin embargo, la confianza consciente en un trasfondo cultural común, que hace posible, por ejemplo, que ecologistas se movilicen por temas de paz o que feministas apoyen a movimientos de vecinos. Redes de cooperación y alianzas ad hoc parecen contrarrestar en parte la discontinuidad entre cada cuestión individual creando una conexión flexible entre cada cuestión individual creando una conexión flexible entre distintos temas y una transferencia ágil de actividades de protesta entre distintos temas.

Ambas prácticas políticas –la utilización de espacios formalmente "no-políticos" y el traslado flexible del foco de la actividad política- pueden generar una continuidad y una estabilidad equivalentes a las que se obtienen por medio de la organización formal. A ello contribuye el hecho de que la formalización mínima, la fusión de movimientos sociales con instituciones culturales como las iglesias, y la fusión de las bases sociales de los diferentes movimientos monotemáticos garantizan una protección e inmunidad máximas ante medidas contrarias que pueden ir desde concesiones selectivas hasta prohibiciones y represión.

Desde estos enfoques pueden considerarse como de dudosa conveniencia – incluso si fuesen realistas- las exigencias racionalistas [que presupone Touraine (1980) y su método de "intervención sociológica"] de un programa consistente y detallado, de una concepción totalizante del mundo y de una unificación de las corrientes económicas, culturales y políticas dentro de los nuevos movimientos sociales. En vez de eso, un entramado de movimientos monotemáticos con una conexión flexible entre sí, sin forzar una integración ideológica y organizativa, podría acabar contando con una mejor capacidad de supervivencia y de conseguir logros. Un escenario así se sostiene, naturalmente sobre la validez de los dos supuestos que hemos introducido en la parte anterior de este ensayo: primero, en que las consecuencias peligrosas y destructivas de las formas de racionalidad de las élites políticas y económicas siguen siendo tan visibles y tan provocadoras como para generar continuamente focos específicos de protesta y de resistencia, y segundo, que las bases sociales y políticas del "radicalismo de la clase media" (tal como se ha definido anteriormente) que responde a estas provocaciones, sigan existiendo como hoy.



## 2. Éxito

Puede ser conveniente distinguir entre tres tipos de éxitos que pueden lograr los nuevos movimientos sociales (de vecinos, por la paz, feministas y ecologistas). Están, en primer lugar, los éxitos substanciales que consisten en decisiones positivas o (las más de las veces) negativas tomadas por élites económicas y políticas y que están de acuerdo con las exigencias de un nuevo movimiento social: se para un proyecto de construcción contra el que se ha protestado; se liberaliza la legislación del aborto, etc., están en segundo lugar, los éxitos procesuales, es decir, los cambios que no se dan en el plano de las decisiones, sino en el modo de adopción de decisiones: se permiten referéndums o se introducen mecanismos de participación, representación y consulta donde hasta entonces mandaban la racionalidad de la administración, los tribunales o los inversores. Están, en tercer lugar, los éxitos "políticos", que consisten en la garantía de que los movimientos son reconocidos (por parte de sus contrarios) y sostenidos (por parte de sus aliados actuales o potenciales) por actores institucionales como asociaciones, partidos políticos y medios de comunicación: sus reivindicaciones se incorporan en las declaraciones programáticas y plataformas de sindicatos y partidos, y se cooptan personas que representan estas reivindicaciones.

En el pasado han conseguido todos estos tres tipos de éxito los movimientos de vecinos, ecologistas, antinucleares, por la paz y feministas, y parece que existe una correlación entre las condiciones económicas generales y la penetrabilidad de las reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales en el temario político. Situaciones caracterizadas por un aumento de la tensión internacional, índices de crecimiento estancados o negativos, cotas de desempleo crecientes y rápido deterioro en la base fiscal de los sistemas de seguridad social han bloqueado en gran medida el temario político y las posibilidades objetivas de las élites de responder favorablemente a las reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales. El efecto, sin embargo, de estos factores de crisis parece ser dual y polarizador: por un lado, revitaliza la alianza corporativista de las fuerzas que atribuyen una prioridad casi incondicional a la restauración del crecimiento y la seguridad social (y también militar). Por otro lado, un número cada vez mayor de gente percibe la crisis -e incluso más la crisis, las respuestas dominantes a ella- como evidencia aplastante de los efectos desastrosos y amenazadores de la restauración de las pautas tradicionales de crecimiento y de seguridad.

De este modo, la crisis favorece, tanto el retorno a un paradigma rígido y sin compromisos de crecimiento-y-seguridad por parte de las élites políticas como los planteamientos de quienes esperan las peores consecuencias precisamente de estas estrategias. Al reducirse el espacio del compromiso bajo el impacto de la crisis, se rompen las fórmulas de paz que con tanto éxito fueron trazadas por las coaliciones reformistas como la del gobierno Socialdemócrata/Liberal de fines de los sesenta y principios de los setenta en Alemania occidental (crecimiento económico y calidad de vida; pleno empleo y humanización del trabajo, modernización económica y técnica y protección del medio ambiente; distensión y compromiso de fidelidad con la hegemonía de la política de defensa americana, etc.); de la misma forma se rompe también la alianza entre la clase obrera industrial y los elementos "progresistas" de las nuevas clases medias. El nuevo juego de suma cero ya no

suministra los recursos por medio de los que pueden lograrse ambos conjuntos de objetivos políticos, quedando satisfechos ambos sectores del reformismo. Con el nuevo énfasis puesto en el crecimiento y la modernización desenfrenados, al romperse las fórmulas y alianzas anteriores, quedan tan frustrados políticamente los mantenedores del nuevo paradigma dentro de la nueva clase media, como están frustrados económicamente masas crecientes de desempleados y de otros grupos "periféricos" de la población.

¿Un reto para el viejo paradigma?

Como ya he argumentado antes, la mejor forma de entender el nuevo paradigma político es como la crítica "moderna" de la modernización en marcha. Se basa esta crítica en sectores importantes de la nueva clase media educada y se plasma en el estilo de acción no convencional, informal, inespecífico de clase característico de esta clase. En la mayoría de los nuevos movimientos sociales, sin embargo, esta base está acompañada en la nueva clase media por elementos provenientes de otras zonas de la estructura social, por grupos desmercantizados "periféricos", por un lado, y por elementos de la vieja clase media, a menudo rurales, por el otro. Mientras que la nueva clase media está, por las razones anteriormente expuestas, muy probablemente sensibilizada respecto a los riesgos y efectos perniciosos del proceso de modernización técnico, económico, militar y político, son muy probablemente los otros dos grupos las víctimas inmediatas y más fuertemente afectadas de tal modernización. Pese a las convergencias y afinidades que ad hoc se descubren a menudo entre ambos grupos, las diferencias son de sobra claras: mientras que la crítica "moderna" de la modernización que mantiene la componente de la nueva clase media se fundamenta en valores e ideales universalistas y emancipatorios y en la desarrollada capacidad cognitiva de la nueva clase media, se apoya las más de las veces la crítica de la vieja clase media y de los grupos periféricos en normas y estilos de percepción pre-modernos, particularistas, distorsionantes, hedonistas, pasotistas o de cualquier otra manera irracionales.

Quisiera concluir este ensayo poniendo en discusión la tesis de que el que las fuerzas que representan el nuevo paradigma superen o no su actual situación de poder marginal, aunque visible en grado extremo, y el que sean, por tanto, capaces de cuestionar el "viejo" paradigma dominante de la política, va a depender de hecho, ante todo, de si pueden resolver y de cómo pueden resolver las fisuras e inconsistencias internas que se dan entre la nueva clase media, la vieja clase media y los elementos periféricos en el interior de los nuevos movimientos sociales.

Hasta mediados de los setenta las coordinadas izquierda-derecha constituía aproximadamente el modelo adecuado en el que podían situarse todos los actores colectivos relevantes políticos y societales. La dimensión subyacente, cuyo reflejo manifiesto era el sistema de partidos políticos en Alemania occidental, constituía un continuo desde el liberalismo económico conservador hasta el estatalismo reformista y redistributivo, con una posición liberal-reformista, en el medio. Este modelo lineal del universo político, determinado por los principales protagonistas del juego-de-crecimiento-y-seguridad, entre tanto ya no es adecuado. Tanto por lo que respecta a los valores asumidos individualmente (Barnes y Kaase 1979, Baker y otros 1981), como a las acciones colectivas y a los actores colectivos, hay que

añadir una dimensión sesgada que recoja el contraste entre, por un lado, el viejo paradigma centrado en pautas de crecimiento económico y seguridad, y el nuevo paradigma definido por sus luchas defensivas contra las irrationalidades de la modernización, por el otro. Se llega de esta forma a un modelo triangular del universo político: las fuerzas de la izquierda tradicional, fuerzas liberales y conservadora y los nuevos movimientos sociales incluyendo sus experimentos (incipientes y en algunos lugares con éxitos dramáticos) con política parlamentaria "verde" o "alternativa". En la Figura 1 se representa la configuración que resulta de las fronteras entre posiciones políticas, de sus bases sociales más características, y de sus potenciales alianzas.

Estas disposiciones triangulares son, sin embargo, fundamentalmente inestables, al menos si son iguales las distancias entre los tres polos. Las elecciones y decisiones finales sólo pueden tomarse tras haber primero reducido a dos el número de alternativas, lo que implica la necesidad de formar coaliciones o, al menos, alianzas ad hoc. Aquí no voy a tratar de sopesar la probabilidad relativa de la formación de cada una de las tres alianzas lógicamente posibles, de las que solamente una, como argumentaré a continuación, puede constituir un cuestionamiento serio y eficaz del viejo paradigma político.

Hay tres alianzas posibles: los mantenedores del nuevo paradigma y las fuerzas tradicionales liberal-conservadoras; el tipo de "gran coalición" de alianza corporativista que excluiría en gran medida las fuerzas que representan el nuevo paradigma; y la alianza de estas fuerzas con la izquierda tradicional, representada por los partidos socialistas, socialdemócratas o eurocomunistas y sus correspondientes organizaciones sindicales. Mi tesis es que de esas tres alianzas lógicamente posibles dependerá la que efectivamente se plasme, de cuál de los tres grupos englobados en el nuevo paradigma llegará a ser (considerado como) dominante en esta composición heterogénea de fuerzas. A su vez esto no depende primordialmente de la fuerza numérica de cada uno de estos grupos en el marco de un nuevo movimiento social dado ni en el marco conjunto de los nuevos movimientos sociales. Depende, al contrario, en gran medida, de los planteamientos políticos desde los que las élites políticas establecen una referencia simbólica (positiva o negativa) hacia, y establecen relaciones selectivas con, alguno de estos tres grupos en el interior de los nuevos movimientos sociales, y del grado en que desarrollan una política trazada para referirse específica y selectivamente a cada uno de los sectores constitutivos de los movimientos, aislándolo de las otras componentes.

Entre los temas de los principales nuevos movimientos sociales son obvios los planteamientos e iniciativas políticas que pueden corresponder a cada una de las tres posibles alianzas, siendo todos ellos utilizables eficazmente hacia el objetivo de la consolidación de la alianza respectiva. El Cuadro 4 contiene una matriz representando estas posibles conexiones entre movimientos monotemáticos, las referencias selectivas a cada componente constitutiva de los nuevos movimientos sociales, los correspondientes planteamientos e iniciativas políticas y cada una de las tres alianzas posibles.

Analicemos para empezar los planteamientos políticos que pueden llevar a la formación de la alianza I entre fuerzas liberal-conservadoras tradicionales y los nuevos movimientos sociales, cuyo grupo "objetivo" son los elementos de la vieja clase media en el interior de los movimientos. Respecto a los motivos del movimiento ecologista, los partidarios de esta alianza se encuentran bien pertrechados para ofrecer estrategias conservadoras tradicionales, enfatizando los valores éticos, religiosos y estéticos de la naturaleza intacta, creando parques nacionales, explotando los resentimientos y miedos pre-modernos de la vieja clase media (rural) ante la urbanización y la industrialización, y apoyándose sobre todo en mecanismos de mercado para llevar a la práctica este planteamiento conservacionista. Como muestra la política de protección del medio ambiente en Baviera [que ha sido la primera región autónoma (land) alemana en contar con un ministro de protección del medio ambiente], no excluye estos desarrollos industriales a gran escala, que, sin embargo, parecen estar en comparación más concentrados en su distribución espacial. Parece además que el enfoque "neopopulista" puede ofrecer un cierto apoyo selectivo al movimiento feminista: no hay, desde luego, el menor acuerdo en la cuestión del aborto, ni en la de tratamiento igual de las mujeres en el mercado de trabajo, pero sí que hay una afinidad mucho mayor para plantear campañas contra la pornografía, hacia algunos aspectos de la política social relacionados con la familia y hacia los rasgos más particularistas de la identidad "femenina" que aparecen gozar de popularidad en algunas áreas del movimiento feminista.

También existe una convergencia pronunciada substancial entre algunos de los experimentos de creación de una "economía alternativa" por parte de los nuevos movimientos, y las doctrinas económicas liberal-conservadoras. Tal convergencia incluye un rechazo vehemente de la legitimación de las reivindicaciones y tácticas de las organizaciones de la clase obrera. No solamente han celebrado los neoliberales desde Friedman hasta Dahrendorf el aumento del "trabajo negro" y la economía informal como muestras de una sana iniciativa individual y de la adaptabilidad del sistema económico, sino que además los conservadores católicos han propuesto la idea de la "autoayuda" (basada en trabajo voluntario y gratis en la familia y en la comunidad local) como solución a las deficiencias fiscales y funcionales de las formas establecidas de política social. Es evidente que hay mucho en común entre estas doctrinas y los planteamientos "comunitarios" de los movimientos alternativos.

Entre algunos sectores del movimiento por la paz y fuerzas conservadoras hay, finalmente, algunos acuerdos limitados que podrían servir como un sostén más a esta alianza. Como es el caso en lo que se refiere al uso civil de la tecnología nuclear, en buena medida se refieren más las protestas que surgen a la elección del emplazamiento, que a los planteamientos de fondo sobre la estrategia general industrial o militar. Mientras el conflicto queda a ese nivel, los conservadores pueden fácilmente unir sus fuerzas a las de la protesta local contra la localización de ojivas nucleares en la vecindad de una ciudad. La resonancia que están teniendo, además, las recientes condenas teológicas de las armas nucleares como en sí mismas inmorales (más que un tipo específico de empleo), puede dar pie fácilmente a aumentos a gran escala del armamento convencional de defensa. Aquí es también la vieja clase media el elemento de los nuevos movimientos sociales que con mayor facilidad puede ser persuadido y cooptado con esta orientación de los planteamientos e iniciativas políticas.

De esta lista impresionista de las conexiones políticas entre estos dos polos de nuestro modelo basta con sacar dos conclusiones: en primer lugar, y en contra de las afirmaciones que se suelen hacer en los medios de comunicación y en algunas publicaciones de las ciencias sociales, no hay de ninguna manera una tendencia ni natural ni inalterable para que los nuevos movimientos sociales se alineen con la izquierda. En segundo lugar, y en relación con la cuestión planteada al comienzo de este punto, el que se llegase a consolidar la alianza frecuentemente propuesta entre la "nueva política" y las fuerzas liberal-conservadoras no es concebible que pueda cuestionar seriamente la realidad operacional del paradigma de la "vieja" política, centrado en criterios del crecimiento y de seguridad. Al ser absorbida en esta alianza, la "nueva" política, dejaría evidentemente de ser una nueva política aspirando a conquistar posiciones de poder en el Estado y en la sociedad. La renuncia a estas aspiraciones podría hacerse a cambio de concesiones que permitan preservar algunos territorios protegidos pre-modernos del entorno natural, familias, papeles de los sexos, formas de trabajo, comunidades y estrategias de defensa.

Actualmente están intentando trazar una política que pudiera dar lugar a una alianza II, es decir, entre la izquierda y la derecha tradicionales, varios sectores de las élites políticas. En este proyecto hay también implícita una referencia selectiva a los nuevos movimientos sociales, que es negativa al identificarlos con los grupos periféricos. Desde este enfoque estratégico se percibe a los nuevos movimientos sociales principalmente como la expresión de las necesidades y valores de quienes ni contribuyen al proceso industrial de producción de la sociedad, ni asumen sus valores y formas de racionalidad. Debido a ciertos fallos en el proceso de reproducción material y cultural y al papel subversivo que han jugado algunos de sus mentores intelectuales, se han escabullido varios de estos grupos (como los que forman el movimiento de aquatters en varias ciudades alemanas y holandesas) de la disciplina básica que presupone el funcionamiento normal de una sociedad compleja. Han adoptado estos grupos una actitud privada y del Estado; sin ser capaces de desarrollar por su cuenta una alternativa política realista y factible, se entiende que su actitud ante el Estado de Bienestar es básicamente cínica y explotadora.

Las consecuencias que se deducen de este tipo de análisis son, lógicamente, una política represiva y de vigilancia, de exclusión y de no-decisiones unida todo lo más a unos gestos simbólicos destinados a impedir que los elementos periféricos consigan apoyo en la vieja y en la nueva clase media. Puede forjarse una amplia coalición izquierda-derecha que respalde y ponga en práctica una respuesta de este tipo, capitalizando los miedos que provocan las actividades de los nuevos movimientos sociales por paralelo en ambos campos: en la izquierda miedo al paro y a que baje el nivel de la seguridad social, y en la derecha, miedos a la violencia, y a la perspectiva de una infiltración comunista debida al descontento de los grupos periféricos. Se acentúan ambos tipos de miedo en situaciones de crisis general económica e internacional.

Este tipo de respuesta política frente a los nuevos movimientos sociales ilustra una vez más la interacción que se da entre ellos y la política: la imagen de tales movimientos no responde sólo a lo que "son" por su composición social, sus planteamientos y reivindicaciones; depende también su imagen de cómo les

perciben interpretan y tratan simbólicamente las élites políticas, y el grado en que tales respuestas de las élites producen precisamente lo que predicen, determinando el peso relativo de las diferentes componentes de los distintos movimientos. En tal sentido, el intento de dar una definición excluyente de los nuevos movimientos sociales, atribuyéndoles un comportamiento político criminal o desviado, puede producir precisamente el efecto atribuido de antemano al excluir de los nuevos movimientos sociales los elementos más reformistas, definiendo el espacio de la acción de la política de protesta esencialmente como el área de quienes buscan empeñarse en acciones militantes antiestatales. Este tipo de estrategia fundamentado en una alianza de derecha e izquierda, cuya consolidación trata al tiempo de conseguir, no excluye la posibilidad de asumir desde planteamientos tecnocráticos reivindicaciones de los movimientos (p.e., temas medioambientales en el marco de la preservación de recursos económicos estratégicos, como el agua; temas feministas en el marco de una planificación demográfica y del mercado de trabajo; formas alternativas de organización económica en el marco de una prestación de servicios más eficaz y rentable; temas pacifistas en el marco de estrategias de control de armamentos, etc.). Sin embargo, pese a tales respuestas tecnológicas, esta alianza ofrece tan pocas posibilidades de llegar a producir un cambio del paradigma dominante en la política como la primera de las posibles alianzas, discutida más arriba; y en todo caso, el enfoque de "confrontación", en contraste con el de "cooptación", tiende a situar en un nivel alto y permanente, aunque fluctuante, los conflictos violentos extrainstitucionales.

La tercera de las alianzas posibles lógicamente se basa en una estrategia que enlaza la izquierda tradicional y los nuevos movimientos sociales tomando como clave el núcleo de la nueva clase media en estos movimientos. Es además significativo que en cierta medida se apoye también esta alianza en una apertura de las organizaciones tradicionales de izquierda –partidos y sindicatos comunistas y socialdemócratas– hacia la juventud, la mujer y los parados, es decir, en una relación positiva hacia los sectores periféricos y en parte "desmercantilizados" de la población. El PCI (Ingrao 1982) ha proclamado muy claramente un intento de este tipo de sobrepasar en ambas direcciones los límites del proletariado industrial, asumiendo en consecuencia alguno de los planteamientos de los nuevos movimientos, y lo mismo ha hecho, aunque de forma algo diferente, el sindicato socialista francés CFDT. Sería, sin embargo, prematuro, partiendo de estos dos ejemplos, llegar a la conclusión de que lo más probable es que surja una alianza así en el marco de las organizaciones de la clase obrera que en comparación hayan abandonado menos sus aspiraciones socialistas tradicionales hacia un cambio global en la lógica del desarrollo de la sociedad capitalista. Podría, más bien al contrario, conjeturarse que tiene forma de U la relación entre el grado de "revisiónismo" o de "modernismo" de las organizaciones políticas de la clase obrera y su capacidad de respuesta a los nuevos movimientos sociales, partiendo del hecho de que el partido Socialdemócrata Alemán (SPD) desde 1959 se ha alejado cada vez más de su identidad como partido de la clase obrera, buscando cada vez más el apoyo de la nueva clase media y beneficiándose de ello electoralmente. Ha realizado al mismo tiempo considerables esfuerzos por demostrar su apertura ante los planteamientos de los nuevos movimientos sociales (tendencia que simboliza desde fines de los sesenta la figura del presidente del partido, Willy Brandt). De esta forma, un partido socialdemócrata "moderno" en grado extremo puede tratar de compensar las pérdidas que resultan de la debilitación de su enraizamiento en la clase obrera, estableciendo lazos con la nueva clase media en la medida en que respalda a los nuevos movimientos sociales (cf. Un argumento semejante referido al SAP sueco, Himmelstrand y otros 1981).

Como muestran los debates y las controversias de principios de los ochenta en el seno del Partido Socialdemócrata Alemán –especialmente a raíz de la caída del gobierno de Helmut Schmidt en septiembre de 1982- no es fácil de realizar este desplazamiento electoral, a no ser que se adopten cambios muy fundamentales en las prioridades estratégicas de los partidos socialdemócratas, que puedan reconciliar los intereses de la clase obrera industrial y sus sindicatos, por un lado, y por otro, los planteamientos de los movimientos de la nueva clase media (incluyendo partes de la clientela “periférica” de las profesiones de servicios sociales de la nueva clase media) en un nivel estratégico (más que en el táctico, electoral, ad hoc).

Como ya he mencionado anteriormente, es por razones estructurales poco probable que una reorientación estratégica de este tipo tenga lugar en las condiciones de crisis económica, que parece conferir automáticamente la prioridad máxima al restablecimiento del crecimiento económico y del pleno empleo prácticamente a cualquier precio. Puede, sin embargo, que la fuerza de fijación de estos imperativos económicos no sea suficiente para impedir tal reorientación (especialmente en el caso de un partido de izquierda que no está en el gobierno), o que incluso contribuya a que sea asumida rápidamente, lo que dependería de si tiene lugar un “cambio del Gestalt” (configuración) en lo que se refiere al futuro de los sistemas industriales basados en crecimiento-y-seguridad.

Pueden concebirse tres factores que permitirían la realización de esta última posibilidad de consolidación de una alianza entre la izquierda tradicional y los nuevos movimientos sociales. Tomándolos juntos parece que estos factores cuentan con fuerza suficiente como para justificar el incluir esta orientación del desarrollo junto con las otras dos, en nuestra lista de escenarios alternativos: primero, el elemento de la nueva clase media en el interior de los partidos socialdemócratas –elemento que se ha ido incluyendo en tales partidos como consecuencia tanto de sus estrategias electorales, como de su extensión al sector público y del Estado de Bienestar- puede estar lo suficientemente asentado ya dentro de su dirección como para presentar una resistencia eficaz a cualquier retroceso incondicional de la política socialdemócrata frente a la filosofía “productivista” del crecimiento económico y a las concepciones demasiado tradicionales de la seguridad militar. Segundo, la misma naturaleza de la crisis económica y los dilemas de la defensa pueden hacer tan irreal la perspectiva de renormalización (p.e., el pleno empleo basado en la libertad del comercio internacional, el Estado de Bienestar y una disuasión nuclear eficaz y equilibrada), como para debilitar la resistencia más “tradicional” ante una tal reorientación. De esta manera se haría sentir la exigencia de un “cambio de Gestalt” político. Ya por sí solos estos dos factores explicarían el avance de prioridades del tipo de crecimiento “selectivo” o “cualitativo” en vez de cuantitativo, una actitud escéptica hacia el cambio técnico, dudas fundamentales sobre el esquema de cálculo con el que se miden convencionalmente el aumento de productividad y del rendimiento del trabajo, y las propuestas de estrategias de desarme unilateral. Todas estas prioridades están gozando de una popularidad creciente en los países del noroeste de Europa en los que hay “fuertes” partidos socialdemócratas. (Lo que es especialmente cierto en los países en que estos partidos han sufrido derrotas electorales desde mediados de los setenta, como en Gran Bretaña, Noruega, Suecia, Dinamarca, Holanda, Austria y Alemania Federal).

Un tercer factor que puede cobrar cierto relevancia en un posible proceso de reorientación política de izquierda tradicional, contribuyendo así a la formación de la alianza III, lo constituye el hecho de que todos los movimientos sociales importantes pueden tener una referencia positiva y asumir tradiciones ideológicas fenecidas, olvidadas y reprimidas del pasado de los partidos socialistas, socialdemócratas y comunistas de hoy y de otras organizaciones de la clase obrera. Son sobre todo patentes estos paralelos en el caso del nuevo movimiento por la paz y de las tradiciones del pacifismo socialista en Europa antes de la Primera Guerra Mundial, así como en las reivindicaciones igualitarias para que termine la discriminación política y económica de la mujer.

Pueden encontrarse paralelos semejantes entre los experimentos actuales con organizaciones económicas alternativas y la tradición de las cooperativas de producción y consumo de la clase obrera. Aparte, además, de las viejas preocupaciones del movimiento obrero por la protección y salud de los trabajadores y su seguridad en el trabajo (ángulo desde el que, por ejemplo, ha enfocado la CFDT críticamente el problema de la energía nuclear), constituye la preocupación no sólo por la producción, los salarios y el trabajador, sino también por el producto, su valor de uso y el consumidor, un elemento tradicional (aunque muchas veces marginal) de las reivindicaciones de las organizaciones clásicas de la clase obrera que en buena medida se solapa con las exigencias de los movimientos modernos de protección del medio ambiente. Tales afinidades parecen sugerir que para crear una alianza de este tipo no sólo hay que apoyarse en la estructura social y los actuales dilemas políticos "posrevolucionistas" de los partidos socialdemócratas modernos, sino también en la herencia "prerrevisionista" de tales partidos.

Con independencia de su probabilidad de realización, este escenario es indudablemente el único de los tres que podría cuestionar con eficacia y éxito el viejo paradigma de la política en vez de mantenerlo por medio de la cooptación y privatización o represión de los nuevos movimientos.

Lo que estos tres escenarios presentan en común –y que a este respecto marca la clave del conflicto político que se observa en los países de Europa occidental a fines de los setenta y principios de los ochenta- es el choque entre fuerzas de "dentro" y fuerzas de "fuera" de la definición convencional de lo que concierne a la política y de quienes debieran ser sus actores colectivos y sus formas de acción legítimas.